

# LETRAS

MENSUARIO DE ARTE Y LITERATURA

REDACTAN: ANGEL CRUCHAGA SANTA MARIA.

SALVADOR REYES, MANUEL EDUARDO HUBNER,  
HERNAN DEL SOLAR, LUIS ENRIQUE DELANO.

OFICINAS: RECOLETA 731-F.—TERCER PISO.

20 CTS.

AÑO 1

MAYO

Núm. 1

## ¿ARTE NUEVO?



UNO DE LOS DIBUJOS DE LUIS MELÉNDEZ  
PARA «LOS RUBAYATAS»

### ESTA REVISTA

Siempre son los lectores quienes deben fijar el alcance y la calidad de una publicación de cualquiera índole. No nos corresponde, pues, ni siquiera esbozar un programa de acción o una línea de conducta. Es tal la multiplicidad de los temperamentos y las formas individuales de arte que "Letras" no puede ni quiere aventurarse en la puerilidad lírica de una profesión de fé o una declaratoria de principios.

Queremos hacer una nueva tentativa en pro de las letras nacionales. Pero hacerla espontánea y simplemente, sin pretender la imposición del arte en todos los órdenes de la vida nacional.

No nos guía, pues, ese descabellado propósito ni mucho menos el estrecho proselitismo de una escuela o la limitación de una bandera artística determinada.

Aspiramos a bien poco: a divulgar, en la medida de nuestras fuerzas, el arte literario nacional en lo que tenga de más puro y más verdadero. Aspiramos a que tenga la cohesión, la dimensión y la seriedad de todas las literaturas. Fuerza, color y novedad no escasean en nuestra literatura.

Sólo falta reunir las en un apretado haz, en una clara gavilla de voces, vengan éstas de donde vinieran, para así representar, con serenidad y justeza, el estado actual y el verdadero espíritu de las letras de Chile.

Todo esfuerzo, toda cooperación en tal sentido, no hará sino ajigantar el panorama y el desplazamiento de este mensuario que quiere significar su espíritu en esta sola y sencilla palabra: LETRAS.

M. H.

¿Existe un "arte nuevo" en Chile? O, mejor dicho, ¿existe en el mundo un "arte nuevo" que tenga las condiciones de tal?

Preguntas son éstas casi imposibles de contestar. Un claro y grande pensador español, José Ortega y Gasset, afirma que sí y esquematizó en "La Deshumanización del Arte" las características cualitativas de este enorme movimiento universal. Con el mismo brillo y con singular agudeza, un pensador chileno, uno de los poquísimos con que contamos, Luis David Cruz Ocampo, desde su soledad estudiantil de Concepción, respondió al eminente conductor espiritual hispano, diseccionando el llamado "arte nuevo" hasta llegar a la conclusión de que no era sino un conjunto de formas de decadencia del arte de todos los tiempos.

Sin llegar hasta las teorías de Cocteau y los apasionados manifiestos de Apollinaire, de Marinetti, de Huidobro. Sin aceptar como serias y fundamentadas las apologías más o menos calurosas de casi todos los literatos jóvenes de habla castellana. Apartándonos de tan contradictorias y peligrosas banderías y abordando tan apasionante incógnita sólo en sus líneas generales, sin entrar a definir los diversos credos estéticos ni a referirnos al futurismo, ni al creacionismo, ni al surrealismo, podremos adelantar que, indudablemente, se ha operado en todas las ramas del arte mundial una insólita y común alteración hacia la cual convergen las causales más opuestas y complicadas.

¿Contribución inmediata, histórico-geográfica, del último cataclismo del mundo? ¿Producto de un medio ambiente cada vez más difícil y abstruso en donde el ma-

quinismo y la crueldad de la lucha económica van haciendo más y más "creacionistas" a los hombres? ¿Aparición de una nueva sensibilidad, una nueva manera de ver, de oler, de oír? ¿Simple proceso patológico? ¿Trasgresión de todas las formas artísticas hasta hoy conocidas? O, por último, ¿resonancia actual de módulos de arte de todas las épocas de la historia?

Muchos de estos factores han influido y no poco. Hay una lejana repercusión de los gigantescos cañones de la Gran Guerra en este arte que ya tenía lozana vida. Hay también mucho de la configuración del medio ambiente que infiltra en las naturalezas más sordas algo de su titánica y desconcertante trepidación. Y, por último, la resonancia curiosa de diversas etapas del arte universal, desde el arte egipcio hasta el medioevo. Pero tampoco puede existir un proceso patológico inherente a un grueso número de hombres de distintas razas, lenguas, condiciones y características ni mucho menos la trasgresión de todas las formas artísticas conocidas hasta hoy, pues la historia del arte nos enseña que, fatalmente, aquella escuela que llevó a revolucionar el medio en que actuó es cogida por las leyes de relación, congruencia y trascendencia artística y situada, en la historia del arte, en su verdadero plano y equidistancia.

Y, sin embargo, ¿por qué no podemos tolerar una página de Bourguet o un poema de Villaspesa y nos sumergimos, en cambio, con íntima delicia en uno de los pozos aterradores de Marcel Proust o corremos, a plena respiración, por un caligrama de Apollinaire?

¿Por qué? Pues por "algo". Algo que podríamos llamar un instinto prenatal si no fuera, en realidad, un proceso puramente intelectual que llega hasta la emoción mediante el análisis y la selección de elementos artísticos y que construye sus arquitecturas con argamasa reflexiva para unir las grandes piedras de lo subconsciente, de lo que duerme dentro de nosotros y necesita ser despertado, como un minero, por la claridad deslumbradora de un firme proceso de la mente.

He aquí por qué decimos "el sol dejando caer sus frutos colorados" en vez de manifestar que "a esa hora crepuscular y misteriosa el sol parecía esparcir claridades moribundas sobre la tierra". Un proceso de selección nos ha hecho desear esa forma académica y vacía para llegar, directamente, de un salto tan meditado como audaz, a la emoción oscura que anida dentro de las almas.

He aquí por qué casi todos los poetas modernos, aparentemente sin emoción, han sabido desdeñar las florituras y cartoneras de un arte falso y pegadizo, para internarse de lleno en los viñedos profundos en donde la mano segura del artista puede vendimiar las uvas más eternas y doradas.

Aquí en Chile, como en todas partes, una falange briosa de muchachos se ha lanzado a la conquista de este arte que a muchos puede parecer utópico e inalcanzable. Todos ellos, desde la torre silenciosa de su interior, han ido echando sus cantos al viento, con encantadora simplicidad, sin cuidarse de su destino. Todos ellos han sabido, por meditación o por impulso, llegar a un mismo punto inicial.

VICENTE OSALGADOZ.

### TEOLOGÍA

La noche es lona de circo.

Las estrellas, agujeros

que los malos han abierto

para espiarnos.

¿Por qué no han de ser los dioses como nosotros? ¿Por qué no pagan para entrar como entramos nosotros?

¿Son pobres?

¿Son gorriones?

¿Temen que los tomemos por payasos?

Y aunque así fuera,

¿no son los payasos los dioses del circo?

¿Pues qué quieren esos?

Decíles que bajen y entren sin miedo.

No nos gusta que nos estén mirando desde afuera.

Es molesto para los que trabajan.

ALFRED KREIMBORG.

patriota Alfredo uno de los últimos de "La Gaceta Literaria" de Madrid, establece un paralelo entre Paul Morand y Federico García Sanchiz. ¿Qué le pasa a Cóndon? ¿Es que resulta posible comparar al ágil artista, al maravilloso buceador de sensibilidad, al creador fantástico que es Morand, con un charador de profesión como García Sanchiz?

Publicamos dos de los dibujos con que Luis Meléndez ha ilustrado la traducción de "Los Rubayatas" de Omar Kayam, hecha por Enrique Ponce.

Una fantasía extraordinaria, un estilo seguro y rico, un conocimiento minucioso del Oriente, todo eso que solo Meléndez posee entre nosotros, le ha servido para realizar esta serie de estupendos grabados que forman uno de los mejores aspectos de su labor.

En el próximo número nos ocuparemos más detenidamente de estos dibujos.

Se buscan con gran interés en "los Tiempos" los artículos de "Ajax". Hay por ahí un "Campo Chileno" maravilloso y muchos otros breves artículos que dan un sello superior al periodismo.

Estilo castigado y jugoso, ironía volcada sobre una gran sensibilidad varonil, eso es "Ajax". Y muchas cosas más que merecen un largo análisis.

Podemos juzgar a un crítico y decir que están muy bien los artículos de "Alone" sobre Proust.

Libros de próxima publicación en Chile:

"Un chileno en Madrid" por J. Edwards Bello.

"La Ciudad Invisible" por Angel Cruchaga.

"Los Rubayatas" de Omar Kayam, traducción de Enrique Ponce, ilustraciones de Luis Meléndez.

"Las Mareas del Sur", por Salvador Reyes.

"La Niña de la Prisión", por Luis Enrique Délano, prólogo de Salvador Reyes, ilustraciones de Molina La Hitte.

"Mañana y Noche de Abel Gor", por Hernán del Solar.

Lo que dice de Huidobro la Revista de Litz Arzubide, mexicano:

"Este poeta no pertenece ya a la América: nos lo ha arrebatado el Universo.

Hombre contradictorio, juventud tempestuosa, embriagó al mundo de locura y el espíritu desequilibrado y radiante de América, fué en el verso de Huidobro el milagro de las bodas de Canaán; en el vaso donde los escritores bebían vulgarmente su agua, subió como una aurora el vino rojo.

Su aparición señala la inmensidad de la poesía; prófugo de una tierra sin entrañas, volvió a nosotros por el arco de triunfo

que le hizo el horizonte; y el mundo sabe nuestro nombre por el familiar aventurero que fué capaz él solo de conquistar un siglo.

Sobre el materialismo altanero de máquinas, que interpreta su superioridad inventando la fatalidad de los engranajes, Huidobro se levanta como el primer inventor de un más allá de los espíritus, y es por su genio que el hombre, inferior en el maquinismo a sus creaciones, toma el tamaño deífico que le corresponde.

Su nombre señala ya una nueva vida: antes de Huidobro; después de Huidobro; y su lírico influjo va de España hasta Rusia, como la buena nueva de la más estupenda subversión.

¿Qué entonces que el odio y la envidia oreen de impotencia su nombre? Creciendo en la pantalla de dos mundos, ha levantado su frente hasta la eternidad.

JOSE S. GALLAY. — Gally abandonó "Lectura Selecta" y se marcha. Seguramente se irá con un poco de pena. Quería mucho a "Lectura Selecta" y estaba orgulloso de ella. Tenía razón. Varias tentativas para publicar novelas cortas habían fracasado, pero un día vino Gally, del sur, y sin grandes complicaciones, como una cosa sencilla y práctica, lanzó su revista.

Gally que vino del sur, se va ahora al norte. Pero su estada entre nosotros ha sido provechosa. No se podrá hablar de literatura chilena sin citar "Lec-

tura Selecta". Nuestro hombre tuvo que luchar, no sólo contra las dificultades económicas de un negocio de esta naturaleza en un país de gente que no lee como es el nuestro, sino también contra la inercia de los literatos.

En efecto, nuestros escritores se quejan de la falta de editoriales, y sin embargo, le ocurría a Gally no tener nada que publicar y verse obligado a meter cualquier ensayo de principiante o cualquier mamotroto absurdo en muchas ocasiones. Así, pues, si "Lectura Selecta" no era más "selecta", la culpa la tienen, en mucha parte, los mismos literatos. Y no se diga que Gally pagaba poco. Al fin y al cabo la suya era una empresa modesta. Hay otros que pagan menos.

Los demagogos de la literatura vituperan la labor de Gally. Es injusto. Su revista ha sido provechosa, puesto que con su actividad él ha incitado a la gente a leer.

Nuestro saludo a José S. Gally. Ojalá sus antiparras reco-

jan buenos panes de tierra a que se le mas de amistad, e va y realice otra "Lectura Selecta", después y deje al fin buenos resultados.

JUAN GUZMAN CRUCHAGA. — A pesar de que estamos ya acostumbrados a las partidas de Juan Guzmán Cruchaga, siempre su viaje nos deja una aguda sensación de vacío. Es que Juan es la cordialidad y el afecto mismos.

Llegó de China hace pocos meses y ahora se marcha a Bolivia, donde va en calidad de Cónsul General.

Poeta de verdad, espíritu vibrante y sincero, su labor es noble y perdurable. "Agua de cielo" es un bello libro, muy de hoy y muy de siempre.

Buena suerte y pronto regreso, Juan.

## «CULTURA»

AGENCIA GENERAL DE LIBRERIA  
Trasladóse Plaza Freire 590 — Casilla 6048 — Santiago

Atendemos con esmero y prontitud todo pedido que se nos haga de provincias.  
Rogamos dirigir correspondencia y giros a la Casilla 6048, Correo 5, Santiago

**EVARISTO MUÑOZ VALLEJOS**

Los Programas  
**AJURIA  
Y  
RIALTO**  
presentan  
las mejores  
**PELICULAS**  
Chilean Cinema Corporation:-

DESPUES DE

# DON JUAN

EL PROGRAMA AJURIA ESPECIAL  
Presentará la super-visión de la epopeya  
americana

# UNA NUEVA Y GLORIOSA NACION

UN EPISODIO ROMANTICO DE LA INDEPENDENCIA

Creación de JACQUELINE LOGAN - FRANCIS X. BUSHMAN  
y PAUL ELLIS

EN BUENOS AIRES  
recibió el aplauso del Excmo. Sr. MARCELO ALVEAR.  
EN SANTIAGO  
será exhibida especialmente para el Excmo. Sr. CARLOS IBÁÑEZ.

PRONTO ESTRENO  
**SALA IMPERIO**

# PEQUEÑO ANTECEDEN

(CAPITULO DE UNA NOVELA)

Yo me llamo Arne Berg y soy de los Berg de Biorne, en el Leuven, cerca del Vermland. Comprendo perfectamente que a Uds. les sorprenda mi nombre y también mi origen, con su color perezoso de mariposa perdida. A mí también me sorprende y me maravilla. Todo esto sería, sin embargo, bastante difícil sin la presencia de mi abuelo Gunnar, gaviero mayor de la goleta sueca de tres palos "Blokula", permanecido en tierra, en Valparaíso, hace algunos años y muy a su pesar.

La noche acechaba la ocasión de entrar de improviso a la bahía, dejando caer sus pesadas, olorosas oscuridades. La goleta quedó amarrada al cielo negro y en la ballenera grande desembarcaron algunos. Principalmente él, Gunnar, de los Berg de Biorne; el hermoso Sintram de Brobby, muchacho fuerte, dueño de su risa y de su pena, y Johan Ruster, de los bosques de Elfstal, niño de un metro noventa y dos de estatura y que aun no salía del asombro de su barba color de espiga.

La taberna de "Las Tres Anclas" llenaba la noche del puerto con la llamada sanguinoleta de sus dos ventanas chatas, de cristales ahumados y gruesos rebordes de plomo. Eschatarre, el dueño, hombre seguro de su único ojo, generalmente estaba de buen humor y el aguardiente de

Eschatarre es a veces tan bueno como el que hace cantar a los herreros de Hon. Esa noche la taberna de Eschatarre estaba llena y el techo rozaba las gorras de hule. El humo espeso y azul era cálido como un abrazo para los que venían del muelle y los dos ciegos—el ciego Pedro y el ciego Juan—estiraban en sus acordeones la fatiga alegre de los buenos muchachos del mar.

El aguardiente de Eschatarre era, en realidad, mejor que aquel que salta en una lluvia de chispas en los yunques de Hon, y pronto el humo de las pipas, con su paso de ratero, fué decapitando, uno por uno, a los buenos muchachos del mar, hasta llegar a ellos mismos: Sintram de Brobby y Johan Ruster, de los bosques de Elfstal.

Cuando el gaviero mayor salió de "Las Tres Anclas", olvidando sus ojos en la mesa redonda de la izquierda, ya el día había cumplido su misión sin esfuerzo alguno y el atardecido amarraba sus tiendas contra la gran vastedad del horizonte alejándose. Estaban todas ellas, las de Bergen y de Hamburgo, de Liverpool y La Palisse. Estaban todas ellas—¡ay!—pero no la "Blokula", goleta sueca, esbelta y ansiosa, llena de prisa como un albatros de la línea ecuatorial.

Desde entonces, los pasos taciturnos del contraamaestre aguar-

dando, midieron sin vacilaciones las luces y las sombras del puerto y era su corazón el que esperaba abrigado contra la alta y satisfactoria noche del Pacífico. Las mañanas y las tardes del puerto se sucedían en sus bolsillos como monedas persiguiéndose en el mesón de "Las Tres Anclas".

Es dulce, a veces, en el estío, la tarde llena de calor y de coplas del cerro de la Aduana. Hasta allá llegaron los pasos exactos, llenos de tranquila impaciencia del gaviero, detallando su hastío. Su esperanza de alejarse, allí quedó sujeta como un lazo de cintas negras a los zapatitos breves de María Juana. Era la chica más linda de la calle Cajilla, tenía el color de los cigarros de Cuba y utilizaba siempre, para hablar la punta derecha de su delantal azul. Tendido al borde de sus sonrisas estridentes como campanillas, el gaviero tenía en sus manos el pañuelo de adiós a los vientos alisios y a las millas azules y ávidas del mar. En sus cuarenta y cinco años fornidos comenzaban a presentarse vías de agua y seguramente que los penosos inviernos se deshojarían en vano junto a esta mujercita de ojos distraídos y corriendo como una yedra a lo largo de los brazos voluntariosos del marino. Verdad es—y hay que decirlo—que de vez en cuando lo asaltó el recuerdo agudo de los atunes

de las Feroe, de las negras lúbricas de Panamá y hasta de los clavos de platino de la Osa Mayor. Pero esto fué sólo muy contadas veces y eso cuando el mar ascendía hasta los cerros ese hervor de flecos y de espumas que los barcos dejan siempre que se van.

El gaviero Gunnar amaba el barrio de la Aduana, saturado de alcohol y de ausencia. Sentía cariño por las bodegas oliendo a mohó y a vino fermentado de la calle San Gabriel esquina de Buenas para arriba. Amaba también los malecones amarrados al mar por los cantos y las humaredas, los grandes ladrillos encarnados y las pequeñas chozas acurrucadas y temblando cuando la noche comenzaba. No podía dejar de interesarse por la taberna del padre Jonatás, con su inmensa sala subterránea y su querido piano de manubrio y ese persistente bodegón del tuerto Eschatarre, con sus ventanas sordas de cristales ahumados y gruesos rebordes de plomo.

Todo esto es hermoso, no cabe duda, y, sin embargo, el lobo gruñón fué arrastrado a vivir en lo más alto del cerro Cordillera por la voluntad suplicante de aquel delantal azul. María Juana guardaba en sus faltriqueras, entre

otras frutas, una casita de paredes amarillas y puertas y ventanas azules. Un poco más allá destacaban unas cortinas con mariposas coloradas. Y todo llegó a tenerlo: la casita de paredes amarillas y las cortinas con mariposas coloradas. El gaviero Gunnar era trabajador, taciturno y de reducidas palabras. Su pericia tranquila y continuada y su actitud frente al temporal de Junio lo hicieron práctico de la bahía.

En las tardes calientes y redondas del verano, el gaviero permanecía en la casita de paredes amarillas y ventanas azules, sentado en la pequeña acera de cuerdas alquitranadas, frente a la calle de greda roja surcada por los arroyuelos lechosos del jabón de lavar, yendo y viniendo en el humo de la pipa y sin salirse del diámetro de su propia tranquilidad. Los cerros del puerto desparramaban entre sus dedos, centenas de casitas de colores violentos y bajo la luz indiferente y cruda del sol estival, un pájaro deshojaba lentamente la prisa de sus alas. La temperatura vacilaba contra el cielo el contorno de las cosas presentes y un poco más allá, en cada voluta desvanecida de la pipa corta del gaviero, la "Blokula", cargaba fochos y masteleros cogiendo a bocanadas el viento del Pacífico.

MANUEL EDUARDO HÜBNER

## LE T A N I A

Torre que contempla mi último día.  
Yo te he querido siempre.

Vitraux en la mariposa de mis cinco sentidos.  
Yo te he querido siempre.

Saeta que está volando desde el primer día del mundo.  
Yo te he querido siempre.

Valle de los pobres que aún no pueden morir.  
Yo te he querido siempre.

Báculo de los planetas trizados de sueño.  
Yo te he querido siempre.

Lanzadora de los días hacia el horizonte.  
Yo te he querido siempre.

Mano que me levantará del polvo en la hora de la Resurrección.  
Yo te he querido siempre.

Lámpara del amor atravesado de música.  
Yo te he querido siempre.

Amada que maravillas los espejos.  
Yo te he querido siempre.

Hombro donde se reclina la tristeza.  
Yo te he querido siempre.

Herida rodeada de pájaros.  
Yo te he querido siempre.

Canción que agita las enredaderas de estrellas.  
Yo te he querido siempre.

Amatista que llora con los ojos cerrados.  
Yo te he querido siempre.

Música de humo movida por un pájaro de alas azules.  
Yo te he querido siempre.

Escala triste de pestañas con lágrimas.  
Yo te he querido siempre.

Abeja de otro mundo que viniste hacia mí.  
Yo te he querido siempre.

Cáliz donde se vacían los altos ríos del cielo.  
Yo te he querido siempre.

ANGEL CRUCHAGA

## BAÑO CON DOUGLAS FAIRBANKS

(A. C. tradujo especialmente para "Letras")

Espero en un sillón de peluquero, niquelado, con báscula.  
Me miro en el espejo:

¡Dios mío, qué seré yo cuando tenga cuarenta años!  
Sobre el mármol hay vasijas y todos los afeites violentos del cinema.

Afeitarse, construirse: hacerse.

Es aquí donde Fairbanks construye los héroes que salen de este (espejo

como los soldados de "El Ladrón de Bagdad" brotan de la tierra. A pasos de cauchú, Fairbanks ha entrado.

Me mira avanzando su mandíbula azul, con dientes muy blancos y plegando sus pequeños ojos hundidos bajo las cejas del porte de sus bigotes.

Viene del golf y sus miembros bien ajustados no hacen ningún ruido,

como las puertas y las ventanas de las casas americanas.

Me muestra sobre el muro sus glorias:

el retrato de Chaplín

y su brevet de Oficial de Instrucción Pública dado en París.

No abre la puerta de su escritorio

como todos los yanquis

con una coktelera en la mano,

pero abre su piscina.

—¿Baño?

—Baño.

Doscientas libras de sal marina todas las mañanas. A la izquierda baño turco, aire caliente;

a la derecha, baño ruso, vapor.

Fairbank se desnuda,

vientre liso, estómago duro, piel apergaminada por cuatro meses de verano al sol de su rancho.

Me hace bromas,

me obliga a sentarme sobre sillas eléctricas

o sobre taburetes de súbito adornados con un clavo.

Es lo mismo que los reyes.

Me pregunta noticias de Europa

como de alguien muy enferma.

Se afeita, todo desnudo. Me explica

qué ha ido en ferrocarril hasta Moscou y sabe

que Europa se compone de una infinidad de pequeños estados que tiene cada uno sus costumbres, su lengua, sus aduanas y sus (instituciones.

El chauffeur japonés alarga su cabeza.

—¡Mrs. Pickford is here!

PAUL MORAND

# ¡ LIBROS ! ¡ LIBROS !

Díaz Meza.— "Crónicas de la Conquista" .....	\$ 10.00
Díaz Meza.— "En plena Colonia" .....	\$ 10.00
Díaz Meza.— "Patria vieja y Patria nueva" .....	\$ 10.00
H. G. Wells.— "Mientras tanto (novela) .....	\$ 7.50
H. de Man.— "Más allá del marxismo" .....	\$ 10.50
J. W. Goethe.— "Las afinidades electivas", 2 tms. \$	3.20
Santa Teresa.— "Su vida", 2 tms. ....	\$ 4.80
W. Shakespeare. —"A buen fin no hay mal princi- pio" .....	\$ 1.60
C. de Gobineau. — "El Renacimiento", 2 tms. ....	\$ 3.20
A. Shopenhauer.— "El mundo como voluntad y re- presentación" .....	\$ 45.00
M. Ticaú.— "La vida del Blanco en la tierra del Ne- gro", 2 tms. ....	\$ 18.50
V. Clavel.— "El Fascismo" .....	\$ 5.30
W. Frank.— "España Virgen" .....	\$ 13.50
A. Volasanta.— "La tragedia del Mafalda" .....	\$ 8.90
M. Nelken.— "Johann Wolfgang von Goethe" ....	\$ 6.75
P. Bourget.— "Anomalías" .....	\$ 7.20
P. Bourget.— "Conflictos íntimos" .....	\$ 7.20
H. Wast.— "La casa de los cuervos" .....	\$ 10.00
H. Wast.— "El jinete de Fuego" .....	\$ 10.00
H. Wast.— "Sangre en el umbral" .....	\$ 10.00
P. Baroja.— "Las mascaradas sangrientas" .....	\$ 7.50
P. Saintyves.— "La simulación de lo maravilloso" \$	7.50
H. Barbusse.— "Los judas de Jesús" .....	\$ 7.50
W. Fardwel.— "La Filosofía trascendental" .....	\$ 7.50
A. Guardiola.— "Enferma de Amor" .....	\$ 6.80
M. Planiol.— "Droit Civil", 3 tms. ....	\$ 120.00
Colin y Capitant.— "Droit Civil", 3 tms. ....	\$ 120.00
A. Mayrá.— "Derecho Procesal", I. año .....	\$ 12.00
A. Mayrá.— "Derecho Procesal", II. año .....	\$ 20.00
Ch. Gide.— "Curso de Economía" .....	\$ 18.00
D. Martner.— "Economía Política" .....	\$ 20.00
R. Espinoza. —"Curso de Economía Política" ....	\$ 15.00
Lazo.— "Código Penal" .....	\$ 10.00
Lazo.— "Código de Procedimiento Penal" .....	\$ 10.00
Lazo.— "Código de Minería" .....	\$ 5.00
Dr. Martner.— "Política Comercial, e Historia Eco- nómica Nacional", 2 tms. ....	\$ 20.00
E. Petit.— "Derecho Romano" .....	\$ 37.50
R. Cavieses.— "Derecho Penal" .....	\$ 12.00
A. B. Errázuriz.— "Curso de Derecho Civil" I. año \$	15.00
A. B. Errázuriz.— "Curso de Derecho Civil", II. año \$	20.00
A. B. Errázuriz.— "Curso de Derecho Civil", III año \$	20.00
Le Bon.— "La vida de las verdades" .....	\$ 7.50
Le Bon.— "Ayer y mañana" .....	\$ 7.50
Le Bon.— "El desequilibrio del mundo" .....	\$ 7.50
Le Bon.— "Incertidumbres de nuestros días" .....	\$ 7.50
G. Ferrero.— "La mujer de los Césares" .....	\$ 5.30
E. Gilson.— "Santo Tomás de Aquino" .....	\$ 9.00
M. Meunier.— "La leyenda de Sócrates" .....	\$ 7.50
O. Lafenestre.— "La leyenda de San Francisco de Asís" .....	\$ 7.50
J. Boutroux.— "Las matemáticas" .....	\$ 7.50
A. Lambert.— "La Astronomía" .....	\$ 7.50
H. Ford.— "Hoy y mañana" .....	\$ 9.00
H. Ford.— "Mi vida y mi obra" .....	\$ 12.00
H. Ford.— "El judío internacional" .....	\$ 17.50
M. Nordau.— "Las mentiras Convencionales" .....	\$ 16.50
Lagrange.— "La higiene del ejercicio en los niños" \$	9.50
Lagrange.— "El ejercicio en los adultos" .....	\$ 9.50
Lagrange.— "Fisiología de los ejercicios corporales" \$	12.00
S. Devereux.— "Cultura Física para la mujer" ....	\$ 6.00
Müller.— "Mi sistema para la mujer" .....	\$ 9.50
Müller.— "Mi sistema para el hombre" .....	\$ 6.00

**Gath & Chaves**  
Sección Librería, primer piso

# ¿QUIERE UD. REIR?

ACUDA ENTONCES A UN  
NUEVO FESTIVAL DE RISA  
del EXTRAORDINARIO BUFO

# Harold Lloyd

EL IMPERTURBABLE



EL ESPONTANEO

Harold Lloyd in  
"The Kid Brother"

En su mejor creación

# "EL HERMANITO"

Miércoles 9 en el

# Splendid Theatre

Es una cinta extra de

# Paramount Film S. A.

Los grandes poetas y prosadores que llevan en sus manos de cada cual, es decir, un manojo de sus producciones, la categoría de un estudio. Lubicz-Milosz, poeta lituaniano, Ministro de Lituania en la nueva llamarada en la noche oscura del subconsciente. Oscar de Lubicz-Milosz ha corrido de labio en labio, tanto evolucionando de D'Halmar, ha encontrado devotos a decenares.

... ahonda en el misterio interior del terso de adivinación; por primera vez de descubrir secretos perdidos bicz tiene una virtud que él mismo aré—pero no se lo digas a nadie—do”. Muerto que se despierta a su pasq inmemorial. Recuerda, evoca su in los veranos y aquí su voz adquiere mojada en lágrimas de felicidad reos habría que citar en este punto. t, habla a la casa en que vivió sus ce, reprochándole:

... ne habéis dejado partir? guardarme? ¿Por qué, madre, ejo mentiroso del Otoño a esos embrujadores, n, tentarme así de un olor de viejas islas ran azul silencioso l Sur donde las vírgenes esperan?

... lo a la grande e inútil aventura de saca la evocación lluviosa, trágica, ciudad, pegajosos de nieblas, que enorme hastío, su dolor hecho de le-paz de los hombres sin amor”. la amiga de siempre. Le dice:

... os que venís a mi encuentro sos, del fondo del corredor negro y (oscuro del tiempo. d, madre mía. ... puede estar allá abajo, donde el (cielo y el mar la lejanía como los amantes. on no está detrás de las colinas. mi corazón. Porque es allí donde habéis nacido, uestro nombre de niño sobre los (muros

... as tienen frío, reir al invierno. ujer, sino la amiga. extremadamente dulce, créeme, io de una chozá, en la tarde. l día bueno de tu vida.

M A S

... iembre, un jardín desconsolado del viejo arrabal; s) brumas dice: ¡Siempre! antes es la palabra: ¡Jamás!

... o busto que mueve a risa, va demasiado a prisa) nzas del viejo arrabal. jardín anegado viejo arrabal? .escos amores olvidados, a noche! Oh vosotros, ilusiones de (un día, do que mueve a risa, va demasiado a prisa), del viejo arrabal. nada es alegre, nada irrita, la realidad. is conocido el estío, a, gira siempre, nantes que uno no siente... (va velozmente). iembre

C I O N

... uerida de otro p me ha recon...do. i bella de otro tiempo, de hace mucho tiempo

y como una mujer que ha visto morir al esposo terrestre volvéis con un sabor de sal y de viento en vuestras mejillas blan- (cas, y este viejo, viejo olor de escarcha de Navidad en vuestros ca- (bellos.

No es la soledad de la distancia: es la que va con él, la que lo aleja de sí mismo, la que lo hace encontrar en todo cuanto le rodea un sabor de pasado, esa amarga y voluptuosa sensación de volver al sitio donde vivimos la felicidad, al sitio que hoy está muerto.

Para él los días oscuros, lluviosos entre las ruinas, en los suburbios negros “donde camina la muerte de la ciudad”; para él los veleros abandonados, tiritando en el mar bajo una luz de fiebre; para él su alma, como un “mono pelado, cazurro, romántico y tierno, como el animal puro de las nostalgias, danzando mientras que llueve lluvia podrida”.

¡Qué alma tan desolada y qué alma tan alta! ¡Qué dolor tan sabio! ¡Qué amarga voluptuosidad de los “jamás” y de los “nunca”! En “La Reina Karomamá” nos deja entrever su lejanía infinita:

Tú sabes sin duda ¡oh legendaria Karomamá! que mi alma es vieja como el canto del mar y solitaria como una esfinge en el desierto, mi alma enferma de “jamás” y de “antaño”. Y tú sabes mejor todavía, Princesa iniciada, que el destino ha grabado un signo extraño en mi corazón, simbolo de alegría ideal y de real desgracia.

Cuando la inquietud sacude su desencanto, la poesía de Lubicz adquiere un sortilegio envolvente, una evocación tan infinita que el alma apenas acierta a sostenerla:

El jardín desciende hacia el mar. Jardín pobre, jardín sin flores, jardín ciego. De su banco una vieja vestida de duelo lustroso, amarillento, con el recuerdo y el retrato, mira borrarse los navíos del tiempo. La ortiga en el gran vacío de las dos de la tarde, velluda y negra de sed, vela como del fondo del corazón del más perdido de los días. El pájaro de la comarca sorda pía en el zarzal de ceniza. Es la terrible paz de los hombres sin amor, y yo, yo estoy ahí también, porque esto es mi sombra; y en el triste calor ella ha dejado recaer su cabeza vacía sobre (y bajo el seno de la luz; pero

Tu rostro, Ani, ¡oh cuán extraño es a la claridad de las lámparas de hace mucho tiempo. Las ruedas y las rucas han girado treinta años, He aquí mi regreso, ¡oh mi grande amiga! Los días de antaño se han adormecido, al viejo ruido de las ruedas, al viejo ruido de las rucas... —Sois vos, verdaderamente, soi vos ¡oh tan amado! ¡Presto el bello espejo donde sólo la tarde es vieja, prestó el bello traje, con colores de adiós, para festejar el regreso de mi bien antado! —El traje es gris, ¡oh querida de otro tiempo! ¿Dónde están los colores de adiós? El espejo es blanco. ¡oh querida de hace tanto tiempo! La imagen parece vieja. Lo que lloramos no volverá! ¡Adiós! ¡Adiós, mi pensativa de antaño! ¿Qué haría yo, aquí, Ani, más largo tiempo? Las ruedas y las rucas han volteado treinta años.

LA BERLINA DETENIDA EN LA NOCHE

En espera de las llaves —El las busca sin duda entre los vestidos de Tecla muerta hace treinta años— escuchad, Señora, escuchad el viejo, el sordo murmurio nocturno de la alameda... Tan pequeña y tan débil, dos veces envuelta en mi capa, yo te llevaré a través de las zarzas y la ortiga de las ruinas hasta (la alta y negra puerta del castillo. Así el abuelo, antaño volvió de Vercelli con la muerta. ¡Qué casa tan muda y desconfiada y negra para mi niña! Vos lo sabéis ya, Señora, es una triste historia. Ellos duermen dispersos en los países lejanos. Hace cien años su lugar les espera en el corazón de la colina. Conmigo su raza se extingue. ¡Oh dan ruinas!

yo, cuerpo y espíritu, soy como la amarra presta a romperse. ¿Qué es, pues, lo que vibra así en mí, pero qué es, pues, lo que vibra así y gime yo no sé dónde en mí como la cuerda alrededor del cabrestante de los veleros que zarpan? ¡Madre, demasiado sabia, eternidad, ¡ah, déjame vivir mi día!

Oscar de Lubicz Milosz ha dado, como no lo ha hecho poeta alguno, la sensación de la lejanía, de la soledad, del imposible. Su tristeza sabia, alta, irremediable, ha alcanzado notas de sugerencias prodigiosas y despierta en nosotros cosas soñadas en quién sabe qué sueños, vividas en quién sabe qué vidas. Así, en “La Extranjera”, cuando él habla a esa mujer que ignora su pasado y que le entrega a él un mundo de realidad que jamás ha existido, la poesía de Lubicz se hace tan penetrante que llega a ser abrumadora por su virtud de evocar nuestros propios abismos de misteriosas visiones:

Tú me has encontrado antaño, ¿te acuerdas? sí, antaño, tristemente antaño, en el país de los viejos libros y de las viejas músicas, en el crepúsculo azul de una casa tranquila de ventanas letárgicas.

Todo esto tal vez no ha sido nunca, pero si yo te lo dijese tú te morirías de miedo.

... Déjame la dulzura de ignorar los caminos donde el azar ha sabido guiarte hasta mí. Encuentro en tu rostro realidades de ensueños, de sueños soñados en remotos tiempos y de visiones abiertas al sol de la vida. En la penumbra envenenada de la lluvia diríase que toda una eternidad se finaliza. Yo reconozco en ti a seres misteriosos, a viajeros con rumbo secreto encontrados en la bruma de las estaciones donde todos los ruidos tienen inflexiones de adioses. A veces también eres para mí una atmósfera de feria con sus luces llorosas y sus relentes de herrumbre y de vicio, con su miseria y la alegría enferma de sus músicas. Recuerdos de casa de juego nostálgicas se mezclan al caos de mi enervamiento.

Aquello de nuestro subconsciente que a veces parece delatarnos una vida ya vivida; aquella latitud desconocida de nuestro océano interior, cerca de la cual sólo hemos llegado en las navegaciones de la fiebre, en las vertiginosas caídas del ensueño, todo eso ha encontrado su voz en la poesía mística y alucinante de Oscar de Lubicz Milosz, algunos de cuyos versos han sido traducidos a nuestro idioma por Augusto D'Halmar, hermano suyo en la nostalgia más allá de la vida.

R.

Vamos a ver la bella pieza de la infancia; allí, la profundidad sobrenatural del silencio es la voz de los retratos oscuros. Encogido en mi cama, la noche ya oía como desde el hueco de una armadura en el ruido del deshielo detrás del muro latir su corazón. ¡Para mi niña miedosa qué patria tan salvaje! La linterna se apaga, la luna se ha velado, el susto llama a sus hijas en el bosque. En espera de las llaves dormid un poco, Señora.—Duerme, mi pobre niña, duerme, tan pálida, la cabeza sobre mi hombro. Tú verás cómo la ansiosa selva embellece sus insomnios de junio, ataviada de flores ¡oh niña mía! como la hija preferida de la reina loca. Envolveos en mi capa de viaje; la espesa niebla de otoño funde sobre vuestro rostro y tenéis sueño. (En el rayo de la linterna, ella gira, gira con el viento como en mis sueños de niño la vieja—sabéis quién digo—la vieja!) No, Señora, no oigo nada. Es archi-viejo, su cabeza está trastornada; apostaría que ha ido a beber. ¡Para mi niña temerosa una pérdida en el fondo insondable! No, Señora, no oigo nada. Casa negra, negra, cerraduras enmohecidas, sarmiento muerto, puertas aherrajadas, hojas sobre las hojas Todos los servidores Yo, yo he perdido la ¡Para la niña confj Yo no me acuerdo del tatarabuelo y los pollitos del La luna miraba Era antaño. Oigo un paso sombra. He a

LIBROS LLEGADOS A LA  
**LIBRERIA «SALVAT»**

“Nuevas críticas negativas”, por N. Coronado..	\$ 10.50
“El 90”, novela histórica argentina, por E. Gouchon .....	\$ 10.00
“Índice y Fe de erratas de la nueva poesía americana” .....	\$ 10.00
“Elogio de la vida”, por Raniero Noccolai .....	\$ 15.00
“Los concursos literarios y otros ensayos”, por Torrendel .....	\$ 4.00
“Exposición de la actual poesía argentina”, por Vignale y César Tiempo .....	\$ 8.50
“Indología” (la cultura ibero-americana), por J. Vasconcelos .....	\$ 14.00
“El hombre que había perdido su eje”, por H. Franco .....	\$ 6.60
“Emelina”, novela de Rubén Darío .....	\$ 6.60
“San Lenin” (viaje a la Rusia actual), por R. Soriano .....	\$ 14.00
“El pueblo maravilloso”, por Fco. Contreras....	\$ 7.20
“El hombre del Hispano”, por P. Frondaie (novela) .....	\$ 7.20
Alfonso Maseras.— “La Feria de Montmartre”	\$ 8.00

**Librería SALVAT**

Barcelona-Santiago

CASILLA 2326. — TELEFONO (Auto.) 4734.  
 —AGUSTINAS 1043.—SANTIAGO.

ATENDEMOS PEDIDOS DE PROVINCIAS, Y REMITIMOS LOS LIBROS CONTRA REEMBOLSOS.  
 POR CADA CORREO RECIBIMOS NOVEDADES LITERARIAS Y CIENTIFICAS.

PIDANOS CATALOGOS O LISTAS.  
 EL MEJOR SURTIDO DE LIBROS EN LA MEJOR LIBRERIA.

# LIBROS

CIENTIFICOS Y LITERARIOS  
 IMPRESIONES DE LIBROS Y  
 :: REVISTAS POR CUENTA ::  
 ----- AJENA -----

**Librería y Editorial**

## NASCIMENTO

AHUMADA 125 — CASILLA 2298

Teléfono 3759

Sucursal en Concepción: Colo-Colo 419-425

Casilla 2290

TALLERES GRAFICOS: Arturo Prat 1430



RAMON NOVARRO

SI TODAVIA  
 UD.



MAY MC. AVOY

NO HA VISTO

# BEN-HUR

Infórmese entre sus amistades acerca del valor de este Film, creación de

**RAMON NOVARRO**

voy - Betty Bronson - Francis X. Bushman

**METRO - GOLDWYN - MAYER**

IPALES



APROBADA PARA ADULTOS  
 Y MENORES DE 15 AÑOS

En cuanto Sócrates, visto que el arte más divino no era el de dejar obras perecederas, sino el de formarse a sí mismo a imagen de la más perfecta virtud, pasó su juventud modelándose el alma, sintió al frisar la madurez la necesidad de despertar en los demás la inteligencia adormecida, enseñándoles a vivir según las leyes de la divina sabiduría. La ciudad de Atenas en aquel momento vivía bajo la impresión de la gloriosa victoria que los griegos acababan de alcanzar sobre los persas. El brillante recuerdo de Maratón, de Salamina y de Platea, presente estaba en el ánimo de todos. Esquilo había llevado al escenario estos memorables acontecimientos, y el genio de Fidias, en serie luminosa de bellas formas, eternizaba en el mármol todo el ardor sereno del ensueño dichoso y sutil de la Hélade libertada. Pericles, deseoso de convertir a Atenas en el centro de la civilización helénica y de lograr para su ciudad natal la gloria y el prestigio de una cultura elevada, admirablemente inspirado por su mujer Aspasia, concedió el derecho de ciudadanía a todo espíritu superior, prodigó su protección a los más diversos talentos y mereció llegar a ser el amigo de los genios más grandes de su tiempo.

El hijo de Sofronisco, Sócrates,

a pesar de su pobreza, no sólo trató a Pericles, sino saboreó también el encanto y la dulzura de vivir en la intimidad de la divina Aspasia de Mileto, en la cual parecía encarnada el alma inteligente, sensible, resuelta y reflexiva de Athena. Indudablemente supo esta mujer de labios de Alcibiades que en torno de cierto vagabundo, verdadero sátiro, de ojos saltones, nariz roma y orejas alargadas, se apiñaban, encantados de oír su charla inspirada, vivaz y maliciosa, los jóvenes de más alta alcurnia.

—Tráeme — le dijo un día — a ese extravagante.

Presentado este hombre singular, cuya espiritual distinción nativa contrastaba de modo raro con la rudeza de su aspecto exterior, agradó, interesó, cautivó. Sócrates desde entonces, como Pericles y tantos otros nobles espíritus de aquel siglo, fué a buscar al lado de aquella inspiradora no meras lecciones de retórica, sino más bien el secreto del arte de agrandar con gracia, de escuchar con delicadeza, de preguntar en confianza, de estimular y exaltar las almas, arte que poseía Aspasia.

Hombres famosos de todo jaez y origen, atraídos por el esplendor del genio de Pericles y por la aureola de consagración que prometía Atenas, se codeaban para

perfeccionarse y darse a conocer, en la ciudad agitada de calles irregulares tendida a los pies de la embellecida Acrópolis. Si la llegada a Atenas a comienzos de la guerra del Peloponeso de aquellos hombres famosos conocidos con el nombre de "sofistas" o de "sabios", no permite suponer que ejercieran influjo directo en la educación de Sócrates, rayano entonces en los cuarenta años, no puede, sin embargo, negarse que al entrar ya maduro en las escuelas con el propósito de atacar sus disolventes doctrinas volviendo contra ellos sus procedimientos dialécticos, afinó, desenvolvió y aguerrió aquel don de polémica en él tan natural.

La reputación de los sofistas, más o menos teatralmente conservada, atraía hacia ellos a todos los adolescentes ávidos de instruirse. Aquella juventud dorada acudía a Atenas desde todos los recovecos de la Grecia, impelida por el deseo de oírlos, de gozar de su sabia y persuasiva elocuencia y de participar en las justas cautelosas de sus inteligencias. Vestidos como los antiguos rápsodas, con largo manto de púrpura, se presentaban cualquiera se reuniera el pueblo y ante él recitaban, no poemas épicos, sino discursos adecuados para encarecer la sutileza de su espíritu, su saber universal y el temible

poder de una elocuencia, ya adulatora, ya irónicamente agresiva, o trágicamente emocionante. No se les regateaba el apláuso. Los jóvenes sobre todo, muy sensibles a la belleza de la palabra, a la cultura del espíritu y a la cadencia musical de la frase, sentían por ellos delirante entusiasmo y se aglomeraban a su paso. Rodeábanles en sus paseos, acompañábanles en sus traslados y no tubeaban en seguirles hasta lejanas islas y ciudades. Además, los propios padres no temían darles como preceptores a sus hijos tales hombres. Sus lecciones eran retribuidas. Ellos iniciaban al adolescente en los elementos de las ciencias positivas, en la interpretación y crítica de las obras poéticas y de las doctrinas filosóficas, en las sutilezas gramaticales; en los múltiples artificios de la impecabilidad del lenguaje y en las sabias distinciones de una ingeniosa lógica. Sin embargo, el carácter específico de su enseñanza se dirigía ante todo a la acción positiva, al interés inmediato, al resultado material y tangible. Enseñaban, pues, una teoría de la acción, pero el objeto exclusivo que asignaban a esta acción era de orden práctico y no franqueaban nunca el límite del interés puramente personal; por ello, para cumplir este programa, se dedicaban sobre todo a la expo-

sición de las ciencias económicas, morales y políticas.

—Que acuda a mí la juventud — clamaba el mayor vendedor de esta clase de sabiduría. — Conmigo aprenderá cuanto trate de saber: el arte de administrar con prudencia sus negocios domésticos, de dirigir bien su casa; el arte de discutir con inteligencia los asuntos del Estado y de dirigirlos lo mejor posible.

Ahora bien: en la democracia de esta época, el alma de la vida cívica dependía del arte oratorio. En efecto, en un país libre la acción política y el influjo moral se ejercen con la palabra. La retórica es indispensable para adueñarse del poder, llegar a los honores, imponer el propio sentir a las muchedumbres, dar, según las circunstancias, a una mala causa la apariencia de buena, inspirar confianza, fijar el propio ascendiente y defenderse en caso de ataque. Sin el arte de bien decir para lograr convencer, la ciencia política resulta ineficaz.

Los más célebres sofistas que Sócrates pudo ver, interrogar o al menos oír, fueron Protágoras de Abdera, Gorgias de Leontino y Pródicos de Ceos.

MARIO MEUNIER

## EL CAPITÁN

*Del admirable libro de Eduardo Mallea, "Cuentos para una inglesa desesperada", hemos desprendido este bello relato que da el tono general del libro y también el tono de la prosa moderna, en el cual Mallea es uno de los más altos valores de la Argentina.*

Apartándose del sendero, siete chopos enfilados marcaban un nuevo rumbo. Al cabo de ellos radicaba la casa del Capitán, sin amparo, solitaria y blanca, como un piñón clavado en la ladera. Aires de fuego quemaban los campos al mediodía, entibiaban las vertientes, provocaban la sed de las mieses; pero las tardes luminosas eran el traje nuevo de las jornadas, el traje limpio y fresco después del baño. Y las gentes, encendidas y parladoras, iban por los caminos llenas de agilidad, con ansias de trepar, un poco asombradas por la flor recién abierta, por el ojo de agua y por el brillo maligno de los ojos del zorro lejano. Y todo el mundo pesaba la vida en oro, y respiraba los vientos cálidos del optimismo, y hasta el Capitán reía jovialmente en su casa, en los campos y en el mesón bullicioso. Y la alegría del Capitán, tan infantil a fuerza de vieja, penetraba todos los ánimos y se extendía por el pueblo como la noticia de un nacimiento y curaba a los débiles, ablandando a los fuertes. Y en la iglesia pequeña, y en la casa de Gálvez, el labriego, y en la posada de Crende, y en la dulce vecindad de las muchachas, su palabra exaltada cobraba prestigios de cuento. Y las madres le tenían presente al recitar sus fábulas, al orar, y los niños veían en él al ejemplo. Y los ancianos y las ancianas, por las tardes, en la soledad, milagrosos, le tomaban las manos con devoción y veían en aquellos surcos lastimados las mil rutas peligrosas de su existencia, y de lo alto del cielo y de lo alto de las montañas y de las lejanías ondulantes llegaban fuerzas de silencio, aires de recogimiento, mien-

tras él resignaba la cabeza y entornaba los ojos serenos para contar. Y todos querían escucharle y aplaudirle y agitarse en algazara, al tiempo que él sonreía enmudecido, con la garganta dolorida y el ánimo en fervor. Salía de su casa muy temprano, recién abiertas en flor las matinales, con su gran saco de cuero negro y sus botas curtidas, y comenzaba el cotidiano recorrido de los hogares. Los hombres que se levantaban soñolientos para abrir las ventanas solían verle bajar por la pendiente, aprestándose a cruzar el regato, entonando aquellas canciones que eran la respiración de su espíritu. Y se metía en la primera vivienda, de este lado de las aguas, junto a las jaras liadas el día anterior con gruesos vencejos, y Basilio el herrero salía a recibirle. Y el Capitán abandonaba su sombrero sobre la mesa rústica y se restregaba las manos y se acercaba a la cuna del niño menor y quedaba contemplándolo, en silencio. Y un brillo ligero le corría por los ojos y los labios le temblaban, y, acariciando con ansias las creuchas rubias del pequeño, evocaba un montón de recuerdos. ¿No se parecía asombrosamente al grumete portugués que contrajo las fiebres malignas en Cádiz y murió, un anochecer, cerca de Río? ¿No tenía sus manitas blanquísimas, su frente lisa, sus ojos expresivos y sorprendidos? Pero de aquella historia borraba el Capitán la angustia del recuerdo final, y decía solamente las gozosas reminiscencias, y Basilio le escuchaba con emoción y reía y echaba prestamente la sábana sobre el rostro del niño.

Y luego el Capitán se lanzaba a caminar por el pueblo, y charlaba con el paradero, y alentaba a la viuda, y frecía su ayuda para remover la peña, y platicaba con Lucas, el idiota, como si éste fuera cuerdo y entendiera. Y tenía siempre una anécdota oportuna, una historia propicia, porque sus 50 años de mar y sus 70 de hombre atezado dábanle pretexto y sabiduría. Y entraba en el mesón, donde todos los hombres se hundían en disputas, y hallaba colocación en un ángulo de la sala, bajo la roja estampa religiosa, el mosquete y el reloj de cuco, y templaba sus manos cabe el hogar, recibía los criterios y aspiraba lentamente el humo de su pipa y meditaba y luego producía una conclusión de sus ideas.

Y así, por las mañanas y por las tardes, en los días turbios y en los luminosos, en las viviendas y en los caminos, la palabra del Capitán, su rudo entusiasmo, sus memorias, iban dejando los ánimos tranquilos y las miradas en simpatía. Porque encontrarla después de la dura jornada y acercársele a encender con él una pipa y a corear su estruendosa carcajada, constituían la satisfacción de todos y el descanso. Sobre todo, a las horas del atardecer, cuando el pueblo entero se volcaba en los caminos y las mujeres se sentaban a las puertas y las muchachas deshojaban las flores del romero, y los mozos tímidos y los gárrulos mirábanlas y las hablaban, a las horas en que los niños encendían ruidosas fogatas y los labriegos bebían en la taberna, a esas horas el Capitán bajaba de su casuca a la plaza, que era redonda y blanca entre las casas, se

dejaba caer en el banco rústico, y la gente comenzaba a cercarle, a llegar, y él a echar humaredas. Y hasta el espíritu de las casas, huido por las chimeneas, resbalado por las tejas, parecía encontrarse ahí escuchando. Y el peregrino recién arribado y el mendigo trashumante, aliviando cansancios, también encontraban espacio para sentarse y oír. Y todo a lo largo y a lo ancho el pueblo quedaba como robado, en silencio, y solamente en el ambiente estrecho de la plaza, junto al nogal añoso y desmedrado, en el extremo bajo del camino, las ánimas se exaltaban y temblaban y gozaban. Y todo era como un chisporroteante arder de leños, mientras en los ojos de alguna muchacha las lágrimas lloraban sonriendo. Y ante tales gentes poseídas de ingenuidad milenaria, que abandonaban sus ollas para oírle, el Capitán, con aquella voz lenta y débil que cojeaba, los ojos chispeantes, parecido en su éxtasis, bajo la guedeja blanca, a una venerable estampa de retablo, decía las historias de la brújula perdida, del peñasco espectral, del ballenato y del timón.

Pero una tarde, una tarde colcada de través entre las tardes, subiendo Marcela del riacho con un hato de ropa recién lavada, seguida por la cabra negra familiar, encontró al Capitán que venía despavorido, sin alientos, la cabeza al aire. Y ella lo miró con sorpresa y oyó que le decía: —"Ya las tenemos, ya las tenemos aquí. Han venido por la montaña, navegando lentamente, y ya están aquí, con la bandera amarilla en el palo mayor y el velamen recogido. Han venido

por la montaña... Y la Seria es la mayor y la más linda, toda empenachada y brillante... Ya están aquí las embarcaciones, Marcela, y todos nos hemos de partir..."

Marcelo no daba con el sentido de tales palabras, pero el Capitán la abandonó en el camino y echó a correr en dirección a la plaza. Y todavía se escuchaba su grito alborozado surcando los vientos. Y las gentes asombradas, salían a las puertas con las manos enjabonadas y las camisas desprendidas. Entonces, Crende, el posadero, quiso saber qué sucedía, y tomó al Capitán por un brazo y se lo preguntó. "Ya los tenemos, ya tenemos aquí a los cuatro barcos". Y el alborozo le agitaba, refrescándole las mejillas, y quería decir a todos de una vez la buena nueva. Entonces los hombres se miraron estupefactos, y sus semblantes mostraron un gesto doloroso, al tiempo que musitaban palabras ininteligibles. Y de pronto varios de entre ellos, decididos, acercáronse al Capitán y le hablaron al oído y le fueron llevando lentamente hacia su casa...

Y ya no volvió a salir. Y aquella noche su voz no tembló en los caminos fragantes, ni en la plaza ni en la vivienda. Todas las menguadas luces del caserío oscilaban defendiéndose, las mujeres hilaban, los hombres calaban las mesas con cansados cuchillos. Y todo el pueblo súbitamente enmudecido, ahito de día permaneció apagado y exhausto, como si se hubiera recostado.

EDUARDO MALLEA.

VIÑETA INICIAL:

Tanto se nos había hablado de la Argentina, de su pampa, de su Río de la Plata y de su Buenos Aires, que un día... decidimos ir. Los chilenos somos un poco Santo Tomás en estas cosas: necesitamos ver y tocar para creer.

La pampa es difícil de imaginársela con el cerebro nuestro acostumbrado a ver cortado siempre el horizonte por una cadena de montañas o una alameda de álamos. Aquello descompagina, aplasta. Veinticuatro horas en

tren a toda velocidad, justas y cabales, y por la ventanilla divisar constantemente la misma llanura, pareja, plana, sin el más pequeño desnivel; horas enteras se viaja y... ni un rancho, ni un árbol, ni una bestia.

Yo no sé por qué le han puesto Río de la Plata a ese mar de barro que desemboca en el Atlántico. Un día hemos tomado un tren y hemos ido al Tigre, pequeño balneario a orillas del Río y luego en una lanchita a gasolina hemos paseado por diversas ensenadas. Allí al frente, nos dice el timonel señalando el horizonte,

queda el Uruguay, y después mostrándonos un vapor que cruza por aquella soledad nos advierte: este es el que va al Paraguay. Nosotros miramos a nuestro alrededor y no vemos más que cielo y barro. Este barro gris, cenagoso, rodea por completo a Buenos Aires, sigue hasta Montevideo y se interna aún en el Océano por varios kilómetros.

La ciudad nos coge. Nuestro Santiago no es más que una aldeilla sin importancia en su comparación. Los teatros repletos, los cafés desbordantes y el gentío atropellándose día y noche por

esas calles de Dios que no terminan nunca — ¡la de Rivadavia tiene más de ciento veinte cuadras! — marean. Son dos millones y medio de almas que se cocean a diario en esa Metrópoli. Pero cuando le ha llegado a uno la hora de partir, de abandonar la ciudad, es cuando le entra la desesperación, el deseo imperioso de encontrar en aquella Babilonia un argentino con quien poder charlar, porque el peluquero es italiano; el mozo del café, vasco; el chiquillo que nos vende los diarios, gallego; el hotelero, francés; el lustra botas, brasile-

ño; la cigarrera, rusa o polaca, etc., etc.

Fruto de ese deseo de poder charlar con un argentino que no pudimos satisfacer en el propio Buenos Aires, serán estas crónicas. En nuestra modesta aldeilla, silenciosa y tristonja, pero perfectamente criolla, creo que no nos será difícil conversar sobre cualquier libro con los buenos amigos del otro lado de los Andes: Coronado, Gálvez, Rojas, Soiza Reilly, Ugarte, Cancela y tantos otros.

FRAY APENTA.

¿POR QUE NO SE CASO JESUS?

Según todas las apariencias, este problema sólo oprime a algunas personas excepcionales. Las mujeres cabalmente convencionales casadas con hombres análogos a ellas, no deben darse cuenta de ninguna restricción: la cadena no sólo las deja en libertad para hacer lo que quieran, sino que les facilita grandemente el hacerlo. Para ellas, un ataque contra el matrimonio no es un golpe dado en defensa de su libertad, sino contra sus derechos y privilegios. Podría esperarse

que no sólo se opondrían vehementemente a las enseñanzas de Jesús en esta materia, sino que también censurarían seriamente el que él mismo no se hubiera casado. Aún aquellos que le consideran como un Dios descendido a un trono celestial para asumir una personalidad humana durante algún tiempo, podrían declarar razonablemente que la ascensión de humanidad tienen que haber sido incompleta en su punto más vital, si es que observó el celibato. Pero los

hechos son absolutamente contrarios. Los creyentes más convencionales consideran una blasfemia la nueva idea de imaginarse a Jesús como un hombre casado y hasta aquellos de nosotros para quienes Jesús no es un personaje sobrenatural, sino tan sólo un profeta al estilo de Mahoma, sentimos que había algo más digno en el celibato de Jesús que en el espectáculo de Mahoma yaciendo absorto en el suelo de su harem mientras sus espo-

sas se atacaban, reñían y alborotaban en torno suyo. No nos sorprende que cuando Jesús llamó a los hijos de Zebedeo no llamó a su padre, ni que los discípulos fueran todos, como el mismo Jesús, hombres sin compromisos familiares. Por su impaciencia cuando la gente se excusaba de seguirle a causa de sus familiares familiares o cuando afirmaban que su primer deber era atender a su madre, resulta evidente que había tropezado a cada

paso en su camino con lazos familiares y afectos domésticos, y había acabado por convencerse de que ningún hombre podía seguir su luz interior, mientras no estuviera libre de tales obligaciones. La ausencia de toda protesta contra esto nos incita a declarar que en esta cuestión del matrimonio no hay personas convencionales y que sexualmente todos nosotros somos en nuestro corazón buenos cristianos.

BERNARD SHAW.

L A V I D A Q U I E T A

El sol meridiano se aploma sobre la tierra. Parece ciego de su propia luz, sin atinar a moverse. Caen las horas desde el campanario parroquial y siempre está el sol arriba, en el centro del cielo blancuzco, pensando su camino.

Tendida bajo los castaños siento la angustia de la siesta lenta. El bochorno, la somnolencia y el silencio oprimen el cuerpo y deprimen el espíritu. No se logra realizar un gesto, no se alcanza a coordinar una idea.

Estoy inmóvil en espera del sueño. Como en un kaleidoscopio tengo en el cerebro trozos de imágenes, cuadros extraños que desfilan velozmente mostrándome la peineta que lleva en el moño la tía Anita, el breviario del señor cura, los patos chapoteando en el canal, los ojos del inválido, un pañuelo pintado al batik, el agua de la torrentera en la montaña, la suntuosidad bizantina del pavo real, las manos de tía Concha tejiendo diligentes, el burro del verdulero desbordantes de repollos los cuévanos...

Los cuadros aminoran su velocidad. Ahora no se suceden uno a otro en plena nitidez. Parecen irse alejando en gran lentitud hasta perderse, y de la sombra de esa perspectiva surge otro nuevo cuadro, que no alcanza a llegar hasta la total conciencia. Se queda a medio camino, desvanecido, obligado por el sueño a retroceder y a perderse nuevamente en la nada.

Ya no hay cuadros, imágenes, recuerdos. Es el cerebro una gran negrura de oscuridad en que todo ruido, todo rumor, por insignificante que sea, repercute molesta, exaspera.

Bordonea una abeja. Rebullo. Aprieto los dientes. Me duele el bordoneo como si en la cabeza me giraran matracas. Tensa de impaciencia con ojos torvos miro el rumoroso punto dorado que raya el silencio. Pesa el calor sobre los párpados obligando a cerrarlos. ¡Oh! esa abeja... ¿Por qué no se irá? Tal vez la onda de mi deseo la empuja porque el rumor se pierde lentamente. Los músculos se distienden. Descanso. Resbalo por el sopor, trampolín que bruscamente arroja en el vacío del sueño.

El comedor, como la casa toda, tiene aspecto monástico. Blancas de cal las paredes, de anchas tablas enceradas el piso, macizo de vigas el techo, chatas las puertas, saledizas las ventanas, la pieza se amuebla sobriamente con un aparador, una mesa, un sofá y unos sillones de caoba, grandes, fuertes, pomposos.

Dos ventanas cuadrículas su enrejado sobre la hondura verde del parque. Dos puertas abren al corredor. Una puertecilla lateral comunica con la sala.

Tía Concha se regodea en la simetría. En el centro de la tapa de mármol del aparador hay un frutero con manzanas en pirámide, a cada lado perros de loza amarilla se miran de hito en hito. Encima, en los vasos, todo está en ringla aparejado, teniendo siempre un motivo central: un reloj de campana, una taza con otra taza, un vaso con otro vaso: un mate de plata, un aguamanil con otro aguamanil, una huevera con otra huevera... Y como hay cinco tablas, de mayor a menor, formando triángulo, a la pirámide de manzanas corresponde la del propio aparador.

En la mesa larga y angosta el hule pone su gaya policromía. Al centro un pote verde desborda rosas rojas, después hay dos fruteros idénticamente provistos de duraznos. Luego dos cántaros de greda de Quinchamali, dos dulceras, dos platos con golosinas de repostero.

En una de las cabeceras está sentada tía Concha, a la derecha estoy yo, a la izquierda tía Anita. Cada cubierto es una maravilla de simetría. A veces, distraídamente, que bien conozco las manías de las viejecitas solteronas y hago por amoldarme a ellas, desplazo cualquier cosa y en seguida, a una ojeada de tía Concha, avanza la sirvienta a colocarla en su justo sitio.

Tomamos once. Hay frescor, silencio, paz de cripta. Afuera se adivina calor. Aun no cantan los pájaros su alegría del atardecer.

Lentamente voy untando con miel de abeja la larga rebanada de tortilla hecha al rescoldo. Huele la miel a trébol y la miga compacta sabe a trigo. Y el pan con miel me sirve para acompañar la leche cuajada que, como

golosamente, con una complacencia que hace sonreír a tía Anita e hincharse ononda a tía Concha.

Tía Anita y tía Concha bien pudieran ser las bíblicas hermanas de Betania. Tía Anita es la silente reconcentrada en el Espíritu, tía Concha la activa ama de casa siempre avizora. Bordeando ambas la sesentena parece que diez años las separa. Y son gemelas.

Tía Anita es chiquitina, endeble, de caminar agobiado. Tiene pequeña la cabeza y en el pelo blanco una peineta antigua le afianza el moño. El cutis es pergamino surcado por innumerables arrugas finísimas, la frente de sien estrecha, los ojos claros destañados de lágrimas, la boca sumida sabedora de dolor, la barbilla aguzada por lo cóncavo de las mejillas. Habla parca y serenamente con total ausencia de acción. La voz es queda. Viste de negro y un escudo de la hermandad tercera de la Merced le pone rojo y oro sobre el corazón. ¡Pobre tía Anita! Rojo y oro... Lo que es ella: rojo de amor: oro de bondad. ¡Pobre! Tiene tal aspecto feble, tal vejez, tal mansedumbre, tal dulzor, que todos la rodean de ternura. Dan deseos de tomarla en brazos y dulcemente, dormita, entregarla a la muerte que la ronda, entregarla como se entrega un niño dormido a su creador, que esta alma rojo y oro ha hecho de su vida una línea recta que irá a clavarse en Dios.

Tía Concha es baja y gorda, figura dibujada con tres esferas por mano infantil. La esfera de la cabeza tiene dos cuentas de azabache por ojos, una nariz respingona y una gran boca que ilumina la dentadura espléndida. El cutis es terso y rubicundo, el pelo negro apenas encanecido en las sienes. Las otras dos esferas visitan hábito carmelitano. Un delantal a cuadros, café y blanco, la protege ampliamente de manchas; gruesa y laborada, una cadena de oro le serpentea por el busto escondiendo el reloj en el pecho. Los cortos brazos esgrimen siempre un plumero, una escoba, una gamuza, un sacudidor, algo, cualquier cosa que sirva para limpiar. Al amanecer está en movimiento, pelota que rueda sin reposo. En la noche, esperando

la hora del sueño, teje para los pobres moviendo los palillos con frenesí de prisa. Cuando está en visita, o en la iglesia, o en el comedor, se la siente tensa por escapar a su trajines. Al hablar asusta con lo engolado de la voz y los ojillos vivaces escudriñan, detallan, se meten por los ojos del interlocutor hasta verle el alma.

Tía Concha ordena: —Tú y la niña iréis a misa de ocho, que mañana es Domingo y es obligación oírlo. Yo iré a la de seis.

—A las ocho... a las ocho... — murmuro consternada, yo que tengo las mañanas dormilonas. — ¿Y no hay otra más tarde?

—¿Más tarde? — pregunta severamente tía Concha. — ¿Así que hallas temprano las ocho?

—Es que verás... — Irás a misa de ocho — asegura firme, con ojos de imperio.

—Bueno, — digo resignada. — Iré a misa de ocho con tía Anita.

Tía Anita me mira y sonríe. Al sonreír la vejez se le hace más vejez, la mansedumbre más mansedumbre, el dulzor más dulzor y en proporción la ternura de quien la contempla crece. Dan deseos de besarla, de darle las gracias por saber sonreír estando tan triste, tan viejecita, tan enferma.

—Tía Concha — digo — quisiera ir al correo a ver si hay cartas.

—El cartero ya pasó y no traigo nada para tí.

—Tía Concha — insisto — si no me dejas ir al correo esta noche no podré dormir de impaciencia.

—Pero ¿a qué vas?

—A ver si hay cartas o carta, que con una me conformo...

—Pero...

—Bien puede ser — la interrumpo — que el cartero no sepa quién soy... que esté traspapelada... que haya olvidado la carta...

—Bien puede ser — asiente tía Anita.

—Bien puede ser — remeda tía Concha y luego riendo, agrega: —Anda, ve, no es cosa que pases la noche en blanco.

Y como brinque fuera de mi asiento, pronta a huir, me sujeta por un brazo.

—Hay que rezar — dice.

Ambas están de pie. A una mi-

rada de tía Concha, murmura tía Anita:

—Gracias te damos, Señor, por el alimento que nos habéis concedido.

—Amén — contestamos.

Edificado a orillas del camino carretero, el pueblo se extiende largo, serpiente parda que silba en la estación y afianza la cola en las motorras del río. Viejas casas muestran el joyel de sus jardines por los anchos portales. Entre una y otra suele haber un muro. A veces una bocacalle abre en perspectiva sobre el verdor de los campos, que cada casa se ahonda en jardín, huerta, arboleda. La acera es angosta, solada de guijarros, con una loseta al centro. Acacias enormes la entoldan.

Marcho rápidamente siguiendo la suavidad de la loseta. Encuentro uno que otro viandante que me saluda con un: — "Buenas tardes" — largamente melodioso. Perdiendo el empaque ciudadano, ya sé contestar con la misma frase.

Aquí está el muro junto al cual mataron un hombre a traición. Una cruz negra marca el sitio. En los brazos extendidos reza una advertencia: — Mira que Dios te mira. — Advertencia terrible, obsesión enloquecedora para el asesino que no tuvo castigo.

Más casas. En el alféizar de una ventana se acicala prolijamente el hocico el gato negro, con tan extraordinaria gracia en los movimientos que los ojos se me quedan fijos y sin darme cuenta me detengo un rato por mejor contemplarlo.

Otra vez en marcha. Una voz canta en una huerta:

¡Qué grande que viene el río!  
¡Qué grande se va a la mar!  
Si lo aumenta el llanto mío,  
cómo grande no ha de estar.

Llevo tal broquel de alegría que la tristeza del cantar popular no me entra. La siento, sí, pero afuera armonizando con la quietud pueblerina en el crepúsculo melancólicamente descolorido. La siento afuera, sí, que dentro, en mí misma, todas mis voces van cantando la esperanza de encontrar allá lejos un pedacito de tu pensamiento metido en un sobre.

MARTA BRUNET.



# ALGO SOBRE PINTURA Hora de Despedi.

Polémica.—

Otra vez se ha vuelto a abrir la vieja polémica sobre el cubismo. Es extraño. Don Alberto Mackenna, con entusiasmo de adolescente, cierra contra molinos de viento demasiado lejanos. El cubismo y otros "ismos" no preocupan ya ni a los artistas ni al público. Los artistas pintan como mejor les parece y el público

adquiere los cuadros que mejor le parecen. Muchas de las bazarías de Picasso han sido pagadas a peso de oro, en tanto que muchos cuadros de Puvis de Chavannes han quedado sin venderse. Cuestión de modas, de ambiente comercial. Nada más.

El rotundo ataque de don Alberto Mackenna no tendría otra importancia que la de una extemporánea opinión personal, si no

hubiera saltado la Sociedad Nacional de Bellas Artes — eterna atacadora — en contra del cubismo que se estaba expandiendo culpablemente en Chile. Por fortuna, la cultura y la serenidad de Carlos Isamitt, unidas a su cargo de Director de la Escuela de Bellas Artes, dieron la suficiente autoridad a la inteligente y autorizada réplica que publicó "La Nación" del Martes 1.º del presente.

¿Qué llamará "cubismo" la Sociedad Nacional de Bellas Artes? ¿Todo lo que no hacen sus miembros? ¿La maciza composición de Vidor, el agudo color de Isamitt, la sabia fuerza de Julio Ortiz de Zárate, la delicadeza avanzada de Laureano Guevara, los bellos volúmenes de Camilo Mori, la técnica y el sentido pictórico de Paschin, los recios croquis de Enriqueta Petit?

¿A qué seguir enumerando? No hay duda que la Sociedad, o no quiere o no sabe distinguir un cuadro cubista de otro que no lo es.

Y entonces, ¿por qué criticar la labor de verdadera "depuración" pictórica que se hace hoy en la Escuela de Bellas Artes? Grigorieff.—

La contratación de uno de los maestros más eminentes de la pintura europea de hoy, tiene un relieve tan excepcional que debemos tratarla, con la extensión necesaria, en un próximo número. Entre tanto, nos limitaremos a manifestar que el arribo del notable artista ruso es un verdadero acontecimiento, no sólo para nuestro ambiente pictórico sino para todo nuestro mundo artísti-

Aquí estoy a decir la pronta palabra de despedida la palabra que me va a separar de ti, más bien de lo que fuiste. Me voy y he aquí que tú te quedas muerta, en tu frío sepulcro Sur hacia donde partiste de paseo.

Eras la niña de los vientos, los cuales se arremolineaban en tus cabellos, los cuales te seguían rozando la veste en que mis miradas se pegaban, lo mismo que la noche a los muelles encima del mar. Ahora los vientos, ¡oh Margit! permanecen detenidos a la orilla de tu sepulcro, aullando como los perros sin amo.

Tu sepulcro queda allá, en el Sur, en las tierras que no conozco. Tú eras la vagabunda y todos los trenes conocieron tu estatura. Sé que eso queda cerca del mar. Un poco más cerca, y las olas lamerían la loza que amuralla tu carne querida. Sin embargo, Margit, eso está lejos, y quizá mis ojos no se inclinen nunca con intención de horadar la tierra.

Me voy a ir por las largas rutas del mar, que tú amabas, a regiones lejos, que tú amabas. Los barcos conducirán mi presencia en una loca fuga, azotados por la huaraca del viento tan ruda, empujados por el rumor del mar vespertino.

Desde aquí saludo tu ausencia con grandes palabras de tristeza. Tu sepulcro queda lejos y no me es posible lanzar flechas hacia esa distancia. ¡Qué lejos duermes, Margit!

LUIS ENRIQUE DELANO.

## UN DIBUJO DE MELENDEZ



# R A I N E R M A R I A R I L K E

Hasta los primeros años de su adolescencia, Rilke permanece en Praga; pero un día escucha el llamado insistente de la aventura y parte, de la mano de su destino. Munich, Berlín, París, Rusia. Va por caminos que asomaron siempre al borde de sus sueños. Es un muchacho de ojos graves y lento paso de vagabundo. No tiene prisa y a veces despide a las tardes con una mirada tranquila, tendido en su cuarto de hotel. Recuerda, analiza, piensa. Y nunca sabe cuánto tiempo caminará por las mismas calles, entre los mismos hombres. El viaje suena obstinadamente su campana fugitiva. París, Italia, Suecia, Algeria, Egipto, España.

Ahora viaja por un pueblo sin nombre y sin tiempo; pero todavía su voz nos dice la aventura de su corazón peregrino. Dueño de la imagen inesperada, de las sensaciones imprevistas, Rainer María Rilke nos entrega su agu-

da visión de los hombres y las cosas con palabras que nos llevan, de súbito, al centro mismo de una iluminada realidad.

Aquí publicamos tres breves fragmentos de su obra "Los cuadernos de Malte Laurids Brigge", que André Gide fué el primero en traducir para el público francés.

I

¿Es aquí, pues, donde las gentes acuden para poder vivir? Estaría tentado a creer que aquí se muere. He salido. He visto hospitales. He visto a un hombre que vacilaba y ha caído. La multitud se ha agrupado en torno y me ha borrado el espectáculo. He visto a una mujer encinta. Se arrastraba pesadamente junto a un muro alto y tibio, hacia el que extendía a veces las manos, a tientas, como para convencerse de que aún estaba ahí. Sí, ahí estaba todavía. ¿Y tras él? Busqué

en mi piano: Casa de Maternidad. Bien. Se la asistirá, es posible y debido. Más lejos, calle de Saint Jacques, un edificio grande con una cúpula. El plano indica: Valle de Gracia, hospital militar. No tenía necesidad ninguna de este indicio; pero no importa. La calle comienza a exhalar olores por todas partes. Puedo distinguir que huele a yodoformo, a grasa de papas fritas, a miedo. Todas las ciudades huelen en verano. Después he visto una casa singularmente ciega. No la encontré en mi plano, pero léí sobre la puerta una inscripción bastante legible: Asilo Nocturno. Junto a la entrada estaban grabados los precios. Los he leído. No eran caros. ¿Y después? He visto a un niño en un cochecillo inmóvil: era gordo, verduoso, y tenía una visible erupción en la frente. Cicatrizaba en apariencia y no lo hacía sufrir. El niño dormía, su boca estaba abierta y res-

piraba el yodoformo, el olor de las papas fritas, el miedo. Así era, eso es todo. Lo importante es vivir. Sí, eso es lo que importa.

II

Decir que no puedo impedirme el sueño, con la ventana abierta. Los tranvías eléctricos ruedan sonando, a través de mi cuarto. Pasan automóviles sobre mí. Una puerta cruje. En alguna parte cae un vidrio, estridente. Oigo las grandes risas. Después, de súbito, un ruido sordo, ahogado, en el otro extremo, en el interior de la casa. Alguien sube la escalera. Se aproxima, se aproxima sin parar. Está ahí, está ahí largo tiempo, pasa. Y de nuevo la calle. Una mujer grita: — "Ah, cállate; no quiero". El tranvía eléctrico acude, agitado, pasa por encima, por sobre todo. Alguien llama. Corren gentes, se juntan.

III

Estos son los ruidos. Pero hay algo aquí que es más medroso: el silencio. Creo que durante los grandes incendios debe llegar, a veces, un instante de tensión extraordinaria: caen los chorros de agua, ya por la escala no trepan los bomberos, nadie se mueve. Sin ruido, una cornisa negra avanza arriba y un alto muro tras el cual brilla el fuego, se inclina sin rumor. Todos están inmóviles y esperan, alzados los hombros, hacia los ojos contraída la cara, el terrible golpe. Así es aquí el silencio.

Rainer María Rilke.

# E N T O R N O A L O S L I B R O S

LA TONADA DEL TRANSEUNTE. — Manuel Rojas. (Versos).

Puñado de versos que la vida fué haciendo nacer y un libro ató con letras de imprenta. De ahí la emoción, la sencillez, la espontaneidad en todo momento. Desde ese admirable y perfecto soneto, tallado en mármol, que se llama "Gusano" hasta esos poemas últimos en donde el verso bello y nuevo irrumpe con una gracia imprevista y sazónada, Manuel Rojas se mantiene en una línea divisoria de clásicos y deshumanizados. Y se mantiene bien, con talento.

LA SOMBRA DEL CORREGIDOR. — Sady Zañartu. (Novela).

No es una novela de vida ni una novela de acción. Es una novela de evocación colonial, cincelada y repujada con una primorosa orfebrería. Nada falta a ese cuadro, ni vigor, ni relieve, ni dibujo. Mucho menos color y ambiente. Todo está bien situado, bien acondicionado. No hay cosas de más y tampoco las hay de menos. Es un esfuerzo significativo para nuestra literatura y que corresponde a este lado de los Andes al gigantesco que desarrolla en su patria el argentino Larreta.

SOMBRA. — Celso Nemo. (Novela).

Una novela como tantas otras, hecha de medida, al por mayor. Nadie duda de la buena voluntad del autor, pero no es tanta como la del lector que busca y rebusca y sólo encuentra resortes conocidos, viejos, gastados ya.

CONFESIONES DE UNA PROFESORA. — Rafael Maluenda. (Novela).

Muy bien editada por Gallay la última novela de Maluenda. Muy bien ilustrada, además. Sobre todo, entretenida, rápida, fácil de leer. No es por sus elementos, sino por esa cualidad de Maluenda

de contar las cosas rápidamente y hacerse oír. Nada especial ni nada destacado. Una novela de nada, bosquejada apenas, d

un carácter de mujer se esboza detrás de un espejo. Lo más que ese espejo es tesis, tesis cacional que ahora, desp la reforma de la enseñanza, prende como algo polvo olvidado. Un capítulo cronográfico prende una en la poca consistencia junto. Y eso es todo

HABIB ESTEFAJENCISTA y otras

Aunque es un a tratarlo en est riosidad que ha nán Díaz Arriet

Vagner hizo esfuerzos gigantes para salvar a la ópera, — se género musical heterogéneo incompleto, — por medio de su amoso drama musical en que intentó dar igual valor y presencia a todos los factores leendarios de la teatralidad, sin dividir la media luz, el resplandor y la oscuridad total de la sa. A pesar de su talento y de la novedad, el hecho quedó inconsistente, se vino abajo al primer piquetazo de la crítica honrada y valerosa. La música quedó, sola, admirable en múltiples pasajes, pedantísima en otros, intelectual y bien construída, sin duda alguna. Pero la ópera, como "cosa en sí", fracasó, para siempre, en bien del arte puro. Igual destino parecía caberle al arte del cinematógrafo, si no fuera porque nada ni nadie puede escapar a la influencia de la evolución, siempre cambiante, siempre viva, del arte en general, parte esencialísima de la humanidad que siente y que piensa. El cine empezó por ser una servil adaptación de las obras teatrales, hechas para ser representadas con palabras, pero como había que proyectarlas en una pantalla enteramente muda y silenciosa, se tropezó con el escollo de la falta de lenguaje y hubo que echar mano de letreros, de mensajes escritos, de diálogos perfectamente claros y precisos, es decir, el arte del cine fué y aún, sigue siendo esencialmente convencional y literario. El contar anécdotas, el estar supeditado al argumento o trama tradicionales, han sido las características de las películas que hemos estado viendo hasta hoy. Y, como es natural, los

personajes tienen en esas tramas una importancia extraordinaria, como la tienen en el drama y en la novela. Pero unos cuantos personajes no son toda la acción, no constituyen toda la vida. Los personajes son meros elementos de algo mayor, más cosmológico, más trascendental, y el cine puede ser un estupendo vehículo de realización de ese concepto artístico puro, nada narrativo, sencillamente sugerido, con maravillosas posibilidades de expresión en un terreno más amplio que el de la mera fotografía y la literatura, y aún quizá de la música aún no siendo, como no es, plástica, hasta ahora.

Afortunadamente el cine está en los albores de su propio porvenir. Adviene a la vida como realización ya seria, en estos momentos. Se trata, como ha dicho el eminente director de escena ruso, Meyerhold, de "un hecho artístico completamente nuevo". Se irá, pues, desligando, poco a poco de las mistificaciones que aún lleva consigo; se liberará, quién lo duda, de todas las incoherencias que aún lo aherrojan y hacen tan incompletas y mancas sus producciones y producirá obras de trascendencia y de belleza sin tener que pedir nada prestado, ni a la literatura, ni a la música, que hasta ahora han estado tratando de ocultar sus lagunas y sus insuficiencias. Lo que está siendo posible en fotografía, — véase un Weston, — será un hecho en cinematografía. El cine es un medio de expresión. Por lo tanto tiene las mismas posibilidades que todas las artes y le espera el mismo nobilísimo futuro.

Es interesante, de todos modos, observar cómo se perfecciona, día por día, el oficio, la técnica, y cómo comienza a balbucear imperceptiblemente en los oídos de la gente que sabe oír las primeras letras de una nueva estética ya bastante suya, aunque esté estrechamente emparentada con lo que las otras artes están realizando. Lo que en música, en literatura y en pintura y arquitectura ha cristalizado en formas de armonía más de conjunto, de novelas sin casi protagonistas, de cuadros sin contar ninguna historia o anécdota, y de formas de edificios austeras, sencillas y en íntima relación con su utilidad, en el cine se ha comenzado a ensayar para que se originen obras en que hombres, cosas, animales, paisaje, edificios, planos, cinemática, estética, simultaneismo y perspectiva convencional se fundan en una sola concepción grandiosa alrededor de la idea matriz. Sólo así producirá en el espectador la verdadera ilusión precursora del placer estético, realizado por el cine como arte en sí, como un arte derivado de la fotografía, como la pintura y la escultura se derivaron de la arquitectura.

Películas como "Metrópolis" y

"El crucero Potemkin", son ya la realización de algunos de estos enunciados. En la primera aún se notan muchos arides escénicos y la preocupación de efectos pictóricos, claro está que de técnica sumamente moderna, pero de todos modos, pertenecientes a un arte ajeno. En la segunda, el efecto estético se asienta sobre bases más humanas. Las escenas están tomadas en la vida real. Los planos, las formas, las masas, la luz, factores necesarios para la composición del gran cuadro cinematográfico, son la vida misma, pero transportada a otro mundo, vuelta a ser creada de nuevo, desplazada en admirables sucesiones de lugar y de espacio increíbles en algo más que las dimensiones conocidas, con una profundidad y una superficie de un equilibrio justísimo, todo en acuerdo perfecto y sincrónico con la idea, el pensamiento generador de la acción. En "Metrópolis" aún queda un argumento flojo y tendencioso, infantilmente tendencioso, que flota y se adhiere pegajosamente a un ambiente soberbio de maquinismo y de planos colosales matemáticamente distribuidos con un sentido de estética y de magna visión. Pero aún quedan el argumento y los

protagonistas. No les salva de su vulgaridad ni el ser simbólicos. "Potemkin", la historia del heroico crucero ruso cuya tripulación se sublevó en Odessa, durante la famosa guerra entre Japón y Rusia, no tiene héroes principales. Carece de estrellas, y en la acción toman parte las masas de marineros, el ejército ruso, las muchedumbres simpatizadoras de una causa justa y humana. Todo lo demás ha sido proporcionado por la naturaleza y la vida misma. En esta película magnífica muestra de lo que producirá aún el genio de ese joven director que se llama Eisenstein, el cinematógrafo expresa por sí mismo el drama. No hay "settings", ni subterfugios, ni "tricks". No hay casi actores. Muchos de los que en esa película han asombrado al mundo con su verismo y su gesto son simples obreros de cualquiera fábrica u oficina del Soviet. Pero la concepción de la misma ha sido vista desde antes en gran conjunto, a la luz de un gran entusiasmo y de una gran comprensión, haciendo posible el milagro de una de las primeras obras de arte esencialmente cinematográfico.

Jorge J. Crespo de la Serna

## C I N E M A

### "AMANECER". — FOX.

Murnau, que la dirige, ha conseguido, mediante procedimientos nuevos, facturar una obra en que la emoción está encuadrada dentro de una simplicidad grande. En "Amanecer", quedan destruídas las unidades de época y lugar. El amor y todas las pasiones viven, se desarrollan y mueren en cualquier lugar y en cualquier tiempo. También se ha generalizado a los personajes, que son el hombre, la mujer, etc. Técnica novedosa y original. Es un buen espectáculo sin duda la adaptación cinematográfica de la obra de Sudermann, "Un viaje a Tilsit".

### "LA CABAÑA DEL TIO TOM". — UNIVERSAL.

Reconstrucciones históricas de la época de la guerra de secesión en los Estados Unidos. Gran espectáculo, emoción. Estas son las características de la adaptación de la obra de Harriet Beecher Stowe, que trae la Universal. La esclavitud con todo su dolor y toda su repugnancia, está tratada en forma convincente. Complemento de los méritos de esta cinta es la interpretación a cargo de artistas de prestigio.

"BEN-HUR", de la Metro-Goldwyn-Mayer. — Un enorme acierto en un género que ya parecía definitivamente muerto. Fred Niblo ha hecho circular sangre caliente, sangre viva en un mundo del pasado. "Ben-Hur" no es una película novedosa en su técnica, pero tiene sólidas líneas clásicas y su espectáculo — sin discusión — posible — supera todo lo que se ha hecho anteriormente en la materia.

Tal vez un poco insistente la nota religiosa, salvada con oportunidad por la forma admirable en que ha sido insinuada la figura de Jesús. Ese Jesús, del cual sólo se ven las manos, está lleno de infinitas sugerencias. He ahí el gran hallazgo de Fred Niblo.

Muy bellas, dignas de los mejores aplausos, las escenas de las galeras romanas, de la carrera de

carros en el circo de Antioquia, de la última cena.

Sin mencionar "Ben-Hur" es imposible hablar de cine.

"EL CAMINO DE LA CARNE", de la Paramount. — Sigue la corriente de "Varieté", de "El séptimo cielo", de "La Rueda": desnudar la emoción, huir de los efectos lujosos, buenos únicamente para entusiasmar a las gentes ingenuas, buscar en la realidad de la vida el resplandor íntimo de las almas, el destello secreto que señala los destinos.

Una gran película con un serio sentido de la medida, con un valor humano indudable, con una emoción profunda y digna.

"EL GAUCHO", de Artistas Unidos. — Inferior a las últimas cintas de Douglas Fairbanks, pero muy digna de verse. Douglas es siempre digno de verse. Agil, elegante, jovial, aventurero... Está muy bien. Uno sale del teatro con ganas de saltar, de treparse a los balcones, de montar a caballo, de batirse...

Juventud desbordante y avasalladora, bien sentada sobre 45 años morenos y duros.

### LO QUE DICE ABEL GANCE DE "NAPOLEON"

Napoleón es Prometeo... No se trata aquí ni de moral, ni de política, sino de arte. Y ninguna existencia ha sido más trágica que la del hombre que escribió esta frase: "En mi vida lo he sacrificado todo — tranquilidad, interés, dicha — a mi destino".

No es, pues, para imprimir una "película histórica" trivial, que yo he intentado resucitar en el lenguaje de las imágenes, la prestigiosa figura del que se proclamó a sí mismo, "un pedazo de roca lanzado en el espacio". Es porque Napoleón es un compendio del mundo.

Mis primeros pasos se dirigieron a la elección de un estilo cinematográfico, susceptible de alcanzar el fin que me proponía. Desde "La Rueda" yo había pensado que era fácil conmover al público, prescindiendo de la significación dramática de las imá-

genes. De ahí la necesidad de nuevas aportaciones técnicas para la toma de las vistas, mejorando así el estilo cinematográfico.

Entre esas aportaciones se encuentra la Triple Pantalla. En uno de los capítulos de mi película, yo me he servido de la Triple Pantalla, combinando tres expresiones distintas: la fisiológica, la cerebral y la afectiva. Es necesario, por parte del espectador, un esfuerzo de comprensión y de fusión de esos tres elementos en un solo segundo, o mejor dicho, en la sexta parte de un segundo; y yo he podido comprobar que si uno de esos elementos falta, los otros faltan también. Que los corazones, los espíritus y los ojos, queden abiertos al menos a la indulgencia!

Mi tendencia general en "Napoleón" es ésta: convertir al público en un actor; mezclarle en la acción; llevarlo transportado en el ritmo de las imágenes. He concebido a Napoleón como un hombre que se ve arrastrado a la guerra por un engranaje formidable, y que ensaya siempre y en vano detenerse. Al partir de Marengo la guerra se ha convertido en su fatalidad. Hace todos los esfuerzos posibles para evitarla, pero está obligado a sufrirla. Ahí está el drama.

Así se lo confesó en una carta a Fieveé: "Yo ensayo mis fuerzas contra Europa, y vos ensayáis las vuestras contra el espíritu de la Revolución. Vuestra ambición es mayor que la mía, y yo tengo más probabilidades de triunfar que vos".

Y más tarde, esta terrible condenación: "La guerra es un anacronismo; llegará un día en que las victorias se obtengan sin cañones y sin bayonetas".

Es un ser cuyos brazos no son bastante grandes para estrechar algo más grande que él: la Revolución.

Napoleón es un paroxismo en una época que es un paroxismo en el tiempo.

Y el cinematógrafo, para mí, es el paroxismo de la vida.

Abel GANCE.

## Splendid Theatre

La dramática y hermosa

**CORINNE GRIFFITH**

y el elegante galán

**NORMAN KERRY**

Reaparecerán en la sutil y delicada comedia de lujo

## LA MODISTILLA

de Especial del

**Mayo**

rio de

**ANN**

"LAS RUBAYATAS"

— de —

OMAR KHAYYAM

Traducción de Enrique Ponce.-  
Ilustraciones de Meléndez.

El señor Enrique Ponce, joven chileno amante de la poesía omariana, ha traducido al castellano, de la versión inglesa de Edward Fitz-Gerald, algunas de las cuartetos del gran epicureo persa, tan grave matemático como gozoso soñador.

Apresurémonos a decir que la tarea que el señor Ponce se ha impuesto por entusiasmos de plenitud, es de por sí difícil y llena de obstáculos. Medítese bien: se trata nada menos que de hacernos sentir en lírica prosa castellana, a un poeta oriental a quien sólo conoce a través de una versión europea.

Dura imposición. En el misterio grande del lenguaje, las palabras, encerrándose en el marco, estrecho a veces, amplio y elástico otras, de los idiomas nacionales, guardan en lo que podríamos llamar su pulpa, en lo hondo de ellas, un principio emocional.

A propósito de esto, Jac. Van Ginneken, en su libro maestro, universalmente conocido, "Principios de Lingüística Psicológica", hace la observación de que en un mismo hombre civilizado no siempre las imágenes verbales llegan a él de idéntica manera. El hombre más culto, leyendo una página admirable, apenas si recoge media docena de palabras, de no querer hacer — se subentiende de antemano — ejercicio nemotécnico. Y sin embargo, esa media docena de palabras se diría que son las que comunican toda la belleza guardada en esa página de arte...

Distribuyamos ahora los vocablos de ese mismo trozo selecto en otro sentido que el definitivo que le diera su autor; no vamos a destruir ninguno de ellos; sólo haremos ligeros cambios en su ubicación. Aquel hombre culto que nos hemos imaginado, leerá y volverá a leer una y otra vez la página ponderada. Quizás llegue hasta retenerla íntegra en su memoria, pero ya no sentirá el deleite o la íntima congoja que le produjera en su experiencia anterior. Es que al modificar nosotros el procedimiento con que aquellas líneas fueron construidas, inutilizamos una correlación íntima, desconocida a nosotros, de sujeto a predicado, de adjetivo a sustantivo, de verbo a adverbio, desvinculando a éstos no en lo que significan como motivos gramaticales, sino en lo que tienen de magia, de sustancia maravillosa y sutil, es decir, de emoción artística. Esta experiencia, aplicada al verso, es sin duda más decidora.

Pues bien, el ejercicio anterior es el que realizan, de modo involuntario, todos los traductores del mundo. No hay manera de salvarse por mucho que se conozcan los resortes de un idioma extranjero. Por vía de ejemplo, quisiéramos saber cómo un japonés, un alemán o un ruso traduciría este verso de Rubén:

"Su risa es la sonrisa suave de  
Mo..."

Hechas las anteriores consideraciones, es preciso decir que el señor Enrique Ponce ha hecho un trabajo honrado y limpio en cuanto a la forma castellana. Así el libro resulta un racimo de

Es ahora cuando la noche apareja junto al viejo muelle de tu puerto, cuando los aduaneros encienden los fanales, cuando el acordeón —bomba neumática de la tristeza— achica el agua en los pontones.

Y ésta es la hora de abandonar el muelle de tu puerto lleno de fardos ingleses, con sus plataformas donde los viejos Almirantes ceremoniosos se inclinan para las damas que se dejaron mecer entre sus brazos como uno se deja mecer en los alisios.

Es la hora de la cual se desprenden las lágrimas de las mujeres que amaron los marinos.

Y es ahora cuando la noche atraca para ti su navío, cuando tú debes partir hacia tu secreta patria en ese viaje tantas veces emprendido, cuya arribada es imposible, como todo lo infinito que no pide nada...

Te veo indecisa en el muelle nocturno, donde los fardos de mercaderías inglesas alzan los vericuetos de una ciudad trágica; te veo indecisa con tu pequeño Brahma sobre el pecho, a ti, que has viajado más allá de lo posible y de lo imposible, sonriendo en el secreto de nuestra sabiduría.

Las espadas rojas y verdes de los fanales ondulan en el mar. Las amarras de la noche crujen en el reflujó; todo el tabaco del marinero de guardia se ha ido al cielo.

Vacilante interrogas al Capitán que no puede responderte, al Capitán que está mudo y solemne esperando tu gesto decisivo. Nada debes temer, sin embargo. Desde lejos, desde esta ciudad terrestre y cobarde, yo te aseguro que él perteneció a nuestras viejas tripulaciones y que un día él mismo nos ha de llevar al otro lado del mundo.

Hechas las anteriores consideraciones, es preciso decir que el señor Enrique Ponce ha hecho un trabajo honrado y limpio en cuanto a la forma castellana. Así el libro resulta un racimo de pensamientos en que brillan algunos dorados y finos, como esas uvas que prometen el mejor de los vinos. ¿No es bello de toda belleza el que vamos a citar a continuación?

"Y grité al cielo que rodaba indiferente: "¿Quién guía el destino de los míseros mortales, de los rezagados en la oscuridad?" Y el cielo respondió: "¡Es un guía ciego!"

¡Parte!  
Los marineros  
están listos para cortar los cabos.  
Anfitrita en el mascarón de proa  
sueña beber las mareas del Sur.

¡Parte!... Yo seré quien te diga el adiós último  
y el ¡hurra! cuando vuelvas  
trayendo un nuevo signo de misterio  
sobre tus labios que saben callar.

## T I E M P O

Yo soy el viejo hombre de las tormentas a quien el Invierno lame obstinadamente la mano. Me echo a dormir delante de tu ventana cerrada mientras la escarcha me endurece la barba.

Yo soy el viejo hombre que sonríe al amor, en tanto que la nieve cubre el sepulcro de los mejores amantes; yo soy el que habría conocido la felicidad, si la desgracia no tuviera su voz de Otoño azul tras de la infancia.

Yo soy el viejo hombre que siempre atiende a su reloj, atisbando el requicio que pudiera dejar el tiempo, el tiempo, guerrero armado de imposibles, flechero de la nada.

A veces me despierto cubierto de sangre y de blasfemias, porque el mar, en la noche, arroja sobre mí sus muertos. Yo soy, tal vez, el litoral de las tormentas donde arde la última hoguera del naufragio.

Me echo a dormir delante de tu ventana cerrada, gozoso de mi vejez infinita, triste por mi feliz destino. Tus sueños gotean como grandes flores malélicas en círculos dorados y azules que ensanchan la noche.

Yo soy el viejo hombre. Mi alma y mi barba me molestan y parece que me crecen juntas. Tú, al despertarte, cruzas por mi pecho y echas a andar por los caminos de mi sombra.

SALVADOR REYES

Una palabra antes de terminar tal manera que decir Rubayatas: el título del libro que ha es pluralizar un plural... El traducción del señor Ponce, está gular es Rubayat, con acento mal escrito. No debe escribirse go en la y. "Las Rubayatas". Rubayát es plural (significa cuartetos); de

# ENCUESTA CINEMATOGRAFICA

Anibal Jara Letelier y Armando Donoso, responden a nuestra encuesta

Es indudable que cada vez el cine lanza más lejos sus tentativas por libertarse de todo materia extraño a él y llegar a constituir por sí sólo un arte puro, completo, libre. Los cinematografistas han hecho ensayos que presagian los mejores resultados.

"Letras", a quien interesa en sumo grado el cinema como problema artístico, inicia hoy una encuesta relacionada con esta materia entre escritores y artistas chilenos. Los puntos más interesantes han sido condensados en estas cuatro preguntas:

1. ¿Qué piensa Ud. del cine?
2. ¿Cree usted que puede llegar a ser un arte puro; que dificultades necesita vencer?
3. ¿Cuál es la película que más le ha gustado?
4. ¿El artista que más le satisface?

DE ANIBAL JARA LETELIER.—

1 y 2. Yo no sé bien lo que están llamando ahora arte puro, pero se me ocurre que es lo mismo que hace diez o cinco años atrás llamaban simplemente "arte". Si es así creo que en el cine no sólo hay una posibilidad, sino una realidad artística presente y una realidad ya con sus lustros, desde que apareció "El desarrollo de un pueblo". Es indudable que el cine artístico no ha llegado todavía a

su apogeo, aun cuando ya contiene algunos indicios de madurez. Le falta depurarse, limpiarse un poco, pulirse. Contiene todavía mucha escoria literaria, está infestado por la literatura. Hay que aislarlo, mantenerlo en su virginidad sustantiva que es precisamente la antítesis de lo retórico. El

ro, es pues una realidad y lo será tanto más cuanto vaya aislándose y desprendiéndose de la infección literaria.

3. Dentro del concepto que tengo del cinematógrafo, mejor dicho de lo cinematográfico, creo que lo mejor que se ha hecho, lo más puro, son los tres últimos actos de "Beau Geste".

4. Esto es ya más difícil. Si se entiende como artista al actor, hay que tomar en cuenta los géneros distintos que explota el cine. Es claro que prefiero los menos teatrales, los más cinematográficos. Creo que Douglas Fairbanks resume a todos los actores de la pantalla: aun más, creo que es la expresión cinematográfica misma. Creo también que Chaplin es el que le ha dado al cine más humanidad. Por lo demás, es difícil tener en un arte tan vasto preferencias muy limitadas.

DE ARMANDO DONOSO.—

1. El cine me interesa por dos aspectos. Yo pienso que es necesario ver el mundo, conocerlo todo. Cuando en 1910 el cine estaba en pañales, Remy de Gourmont dijo: "Ahora puedo morir tranquilo, pues existe algo maravilloso que me permite ver las cosas más lejanas y extraordinarias sin moverme de mi escritorio". Ese algo era el cine. Por ese lado me interesa mucho. Yo soy un gran lector de aventuras. En libros, éstas suelen resultar frías, apagadas o demorosas de leer. El cine las presenta con más viveza, con más sensación de realidad, la impresión también es más inmediata. El otro aspecto que me interesa es el artístico.

2. No creo que el cine llegue a ser un arte puro, completamente liberado. Siempre habrá obras buenas, artísticas y hasta puras;



cine no es un relato; tampoco es una anécdota. Es un pedazo de vida metido dentro de la vida. Cuanto más puro y objetivo sea este pedazo de vida más cerca estará el cine de la pureza artística.

El cine responde a una necesidad de reemplazar la palabra escrita por el acto plástico. La palabra está ya gastada, en descredito. Ha ido perdiendo con el uso su esplendor emocional. Ha entrado en el período de la anemia y de la decrepitud. El cine, al revés, es acción, fuerza, movimiento. Estoy seguro que llegará a sustituir a casi todas las otras artes, incluso la música. Ya vamos encontrando un poco de tonalidad en el juego violento y enérgico de las imágenes. Por el momento el cine le ha dado un poco de sangre a la literatura. Ahora se escribe en estilo cinematográfico, con períodos atonales que representan la superposición de los planos plásticos del cine. Pero luego la literatura ya no podrá seguir el objetivismo frenético de la pantalla.

A mí el cine me da la impresión de un arte semejante a la vida en el comienzo del mundo, como yo creo que fué el mundo en su infancia; objetividad pura, fuerza sin control, una inundación torrencial de luz y de energía. Algo así como el corazón virginal y salvaje de Parsifal. Yo no sé si me explico bien, pero dentro de este orden de ideas entiendo que lo que está más cerca del cine puro son las películas de aventuras del Oeste americano. Creo que Tom Mix es el héroe cinematográfico por excelencia. De esta técnica—no me refiero al proceso mecánico del cine—ha salido este arte plástico de hoy, más sutilizado y un poco más trascendente, tal despojado de anécdota y de intención literaria. Todavía hay gente que cree que el cine que no hace llorar no vale nada; esta es la gente que va a gozar con el cine folletín, el cine-roman, como dicen los franceses que están todavía en el siglo XIX. Yo, sin embargo, sé que el cinematógrafo es novela. El cine, como arte pur-



pero habrá también otras mediocres e infladas y producciones cursis. Así lo requiere el grado de cultura de la gente.

3. La película que más me ha gustado es "Varieté". No digo yo que sea la mejor. No es siempre lo mejor lo que más gusta. Tal vez se explique esto como "Varieté" es la primera película que me ha dado una impresión más amplia y duradera. Estoy seguro de que, en el futuro, el cine será el arte más humano que haya producido el mundo.



Claudio Arrau nació en 1903 en Chillán. Sus padres, a los dos años, lo vieron sentarse al piano ejecutar, con destreza notable, notas armónicas y hasta una composición musical. A los cinco años dió su primer concierto. Hoy está conceptuado como uno de los más grandes ejecutantes del teclado mundial. En el pasado año de 1927, ganó el "Grand - Prix" internacional de Ginebra. Es el único pianista del mundo que toca de memoria el "Clavecín bien temperé", de J. Sebastián Bach, y se ha distinguido en la interpretación de éste, de Chopin, de Listz, Debussy, Strawinsky, Rawel, etc.

## Librería y Editorial Nacimiento

### Los éxitos del día

EN "LA LLAMA DE LA INDIA". — Crónicas del gran escritor Arnaldo Cipolla, que pueden figurar como obras maestras en su género. . . . . \$ 7.50

MEMORIAS DE JOSEFINA BAKER. — La vida de la gran bailarina que hace furor en Europa. Ilustraciones de Colín . . . . . \$ 5.—

BERNARD SHAW. — Selección de sus obras, hecha por Armando Donoso, en la que aparecen las más bellas páginas del genial dramaturgo . . . . . \$ 7.50

"CAIN", de Acevedo Hernández. La fuerte tragedia bíblica \$ 5.—

"LAS RUBAYATAS", de Omar Khayan, con maravillosas ilustraciones de Meléndez. Edición de lujo . . . . . \$ 10.—

AHUMADA 125 — CASILLA 2298

Teléfono 3759

Sucursal en Concepción: Colo-Colo 419-425

Casilla 2290

TALLERES GRAFICOS: Arturo Prat 1430

Sigmund tomó por ellos la palabra:

—Dividiremos lealmente, Hitchcock, y de cada cosa recibirás la cuarta parte; ni más ni menos; tienes que llevártelas o dejarlas. Tenemos tanta necesidad de los perros como tú; tomarás tus cuatro y no más. Y si rehusas tu parte del equipo y de los útiles, tú sabrás. Si la deseas, tómalas; si no, déjala.

—La ley interpretada al pie de la letra — masculló Hitchcock. Perfectamente: acepto. Pero reventen. Entre más pronto haya dejado este campamento y su genteza, mejor para mí.

La partición se efectuó sin otros comentarios. Hitchcock puso su exíguo bagaje en uno de los trineos, reunió sus cuatro perros y los enjaezó. No tocó su parte de equipo, ni la de los útiles; pero echó en el vehículo media docena de arneses, mientras desafiaba a los otros, con la mirada, que se lo impidieran. Pero ellos, alzándose de hombros, lo vieron desaparecer por el bosque.

Un hombre se arrastraba por la nieve. En torno, proyectábanse las vagas formas de las tiendas de piel de ciervo. Aquí y allá, un perro flaco aullaba o gruñía contra su vecino.

De repente, uno de ellos se aventuró hasta el hombre, que se detuvo. El animal vino a olfatearlo y se aproximó hasta tocarlo con su nariz. Entonces Hitchcock — pues era él — se volvió bruscamente y su mano desguantada cogió la áspera garganta de la bestia. El perro cayó bajo esta opresión mortal, y el hombre continuó su ruta, dejándolo allí sin vida, retorcido el cuello, bajo el cielo estrellado. Así logró Hitchcock acercarse a la tienda del jefe. Permaneció largo tiempo tendido en la nieve, alargando la oreja hacia las voces de los ocupantes y procurando descubrir el lugar en que se encontraba Sipsu. Sin duda alguna, eran numerosos en la tienda, y los rumores que le alcanzaban permitíanle adivinar una inmensa agitación. A la larga, pudo distinguir, no obstante, la voz de la joven. Se arrastró alrededor de la tienda, hasta no quedar separado de Sipsu más que por el espesor de un cuero de ciervo. Entonces, cavando un túnel en la nieve, por él resbaló la cabeza y los hombros.

Cuando sintió su rostro golpeado por el aire caliente del interior, se detuvo y esperó, con las piernas y casi todo el cuerpo afuera. No podía ver nada y no se atrevía a levantar la cabeza. A un lado, había un fardo de pieles, que reconoció en el olor; sin embargo, se aseguró de ello con pre-

caución, por el tacto. Al otro lado, su mejilla rozaba un vestido de pieles, que él sabía protegiendo un cuerpo. Debía ser Sipsu. Hubiera querido que hablara de nuevo; pero, a cualquier precio, era preciso obrar. Podía oír al jefe y al doctor hechicero hablarse en alta voz, mientras en un rincón apartado, algún niño hambriento gemía antes de dormirse. Volviéndose de lado, Hitchcock alzó prudentemente la cabeza, escuchó la respiración: era la de una mujer. Iba a arriesgar el golpe.

Se apegó a ella dulcemente, pero con firmeza, y la sintió sobresaltarse a su contacto; después esperó de nuevo y pronto una mano — a tientas — resbaló por su cabeza y vino a posarse en su cabellera rizada. En seguida la mano hizo girar su rostro y sus ojos encontraron la mirada de Sipsu.

Estaba muy tranquila. Cambiando de postura, sin ostentación, posó el codo en lo alto del fardo de pieles, en él apoyó su cuerpo y extendió su parka para disimularlo completamente. Después, fingiendo siempre un gesto maquinal, se inclinó hacia él para permitirle respirar entre su brazo y su pecho. Bajó la cabeza y acercó su oreja a los labios de Hitchcock.

—Apenas la ocasión se presente — murmuró — deja la tienda y parte a través de la nieve en la dirección del viento, hasta el grupo de abetos, en la curva del río. Ahí encontrarás a mis perros y mi trineo, prontos a largarse. Esta misma noche descenderemos hacia el Yukon y como será preciso apresurarse, coge todos los perros sobre los cuales puedas poner la mano y condúcelos hasta mi trineo.

Sipsu meneó negativamente la cabeza; pero sus ojos brillaron de orgullo y alegría, ante esta enorme prueba de cariño. Mas como todas las mujeres de su raza, había sido habituada desde la infancia a obedecer al hombre, y cuando Hitchcock le hubo dado por segunda vez la orden de partir, aunque ella nada respondiera, él supo que su voluntad sería como una ley.

—No te preocupes por los arneses de los perros — agregó, disponiéndose a partir. — Yo te esperaré, pero no pierdas tiempo. El día hace huir las tinieblas, que no se detienen para complacer al hombre.

La vio llegar media hora después, trayendo en cada mano un perro arisco. Sus bestias acogieron con furor a los recién venidos y él tuvo que golpearlas con el mango de su látigo hasta

que se calmaron. La brisa soplabla hacia el campamento, y él temía—por sobre todo—el menor ruido que traicionara su presencia.

—Engánchalos en el trineo — ordenó, cuando ella hubo enjaezado a las dos bestias. Quiero que a la cabeza vayan mis conductores.

Pero apenas terminó ella de engancharlos, sus dos perros, desposeídos de su sitio habitual, se precipitaron sobre los de Hitchcock. Y aunque éste procuraba hacerlos callar a culatazos, estalló una batahola que repercutió en el campamento adormecido.

—Ahora vamos a procurarnos tantos perros como necesitemos exclamó él bruscamente, arrancando un hacha de entre las correas del trineo. Colócales los arrees a cuantos te pase y al mismo tiempo vigila el tiro.

Avanzó algunos pasos y esperó entre dos pinos. El aullar de los perros del campamento turbaba la tranquilidad nocturna; él los espío.

Un punto negro, que creía cada vez más, adquirió forma sobre la misteriosa extensión nevada. Era un explorador de la tribu, que galopaba apegado el vientre a la tierra y que, siguiendo la costumbre de los lobos, aullaba a sus hermanos la dirección que debían seguir. Hitchcock se agazapaba en la sombra. Cuando el perro estuvo a su alcance, se inclinó vivamente, le tomó al vuelo las patas delanteras y lo hizo rodar por la nieve. Después le asestó un golpe detrás de la oreja y se lo lanzó a Sipsu.

Mientras ella lo enjaezaba a prisa, Hitchcock, a grandes golpes de hacha, impedía el paso a los otros perros, hasta el instante en que un bulto velludo, iluminado por unas brillantes pupilas y patas blancas, surgió en el montículo. Sipsu no perdía un segundo. Cuando hubo terminado, Hitchcock saltó hacia adelante, cogió y aturdió a un segundo perro y se lo lanzó. Tres veces repitió el ademán y cuando una fila de diez perros gruñidores fué enganchada al trineo, gritó:

—¡Basta ya!

Pero en el mismo instante, un indio joven de la tribu se plantó con agilidad entre los perros, y echándolos a derecha e izquierda trató de avanzar. La culata de Hitchcock lo hizo caer de rodillas y luego sobre un costado. El doctor hechicero, que llegaba a toda velocidad, fué testigo de la escena. Entonces Hitchcock dió a Sipsu orden de partir.

A su agudo grito de "¡En marcha!" — las furiosas bestias se precipitaron y los violentos saltos del trineo casi hicieron perder del equilibrio a la muchacha.

Sin duda posible, los dioses estaban irritados con el doctor-hechicero, pues en ese preciso instante lo condujeron hacia la pista.

El perro-guía, pasando sobre las raquetas del hechicero, lo hizo caer, y los nueve perros siguientes, así como el trineo, pasaron por sobre su cuerpo. Pero se levantó rápidamente y los acontecimientos de la noche hubieran tenido una faz diversa, si Sipsu, azotando hacia atrás con el látigo para los perros, no lo hubiese cegado. Hitchcock corrió velozmente para alcanzarla. Cayó sobre el hechicero que, todavía dominado por el dolor, permanecía en medio de la pista.

Y cuando este teólogo primitivo estuvo de retorno en la cabaña del jefe, sus conocimientos habían crecido en cuanto a la eficacia de los puños del hombre blanco. Por esto, cuando tomó la palabra en el Consejo, los englobó a todos en el mismo rencor.

—¡Arriba, holgazanes, arriba! El desayuno estará listo antes de que se hayan puesto los zapatos.

Dave Wertz echó atrás la piel de oso, sentóse y bostezó; Hawes, estirándose, reparó en que se había acalambrado un músculo del brazo y se lo sobó, todavía casi dormido.

—Me pregunto, dónde ha podido Hitchcock pasar la noche — exclamó alcanzando sus mocasines, tiesos por la helada.

Y en calcetines se dirigió al fuego para deshelarlos.

—Ha hecho mejor en partir — agregó. Pero, así y todo, ¡qué ruido trabajador!

—Si... pero demasiado autoritario. Es su defecto. Es una lástima para Sipsu. ¿Creen que le tenía mucho apego?

—No me lo imagino. Era por sostener un principio, eso es todo. Encontraba que ese sacrificio era injusto — en lo cual no andaba equivocado; pero no podíamos mezclarnos en esa historia, para hacernos barrer del llano antes de tiempo.

—Un principio es un principio y a veces no está mal; pero más vale dejarlo en casa cuando se parte para Alaska. ¿No es cierto?

Wertz se había unido a su camarada, y ambos trataban de arrancarle la rigidez a sus helados mocasines.

—¿Crees que hubiéramos hecho bien en amortajarnos en ese negocio?

Sigmund movió la cabeza. Estaba ocupado. Un poco de espuma acababa de asomar en la caldera y el cocino necesitaba ser duido. Además, pensaba en la muchacha de ojos espejeantes como las olas en el sol, y tarareaba bon dulzura.

Sus compañeros cambiaron una sonrisa y se callaron.

Aunque fueran más de las siete, faltábanles todavía tres horas de espera para ver surgir el día. La aurora boreal había desaparecido del cielo, y el campamento parecía un oasis de luz entre las tinieblas. En esa claridad, las siluetas de los tres hombres se recortaban nitidamente.

Sigmund, pesaroso del silencio, alzó la voz y entonó la última estrofa de la vieja canción:

Dentro de un año — un año — cuando maduren los racimos...

En el mismo instante, la noche fué desgarrada por una crepitante salva de fusilería. Hawes dió un gran suspiro, hizo un esfuerzo por incorporarse y cayó. Wertz se derrumbó sobre el codo, inclinada la cabeza. Fué a medias ahogado y un hilillo negro brotó de su boca. Sigmund, el hombre de la cabellera dorada, todavía con la canción vibrándole entre los labios, alzó los brazos y cayó contra el brasero.

El doctor-hechicero tenía los ojos seriamente lastimados, y por ello no fué complaciente. Se quejó con el jefe por la posesión del fusil de Wertz y pretendió sobre el saco de habichuelas una parte más crecida que la justa. Además, se apropió de la piel de oso, lo que provocó murmuraciones entre los hombres de la tribu. Por último trató de matar al perro que la muchacha de ojos azules había obsequiado a Sigmund; pero el animal se escabulló y el hechicero cayó en la lumbre y se dañó el hombro contra el cubo. Cuando se hubo consumado el pillaje en el campamento, los indios regresaron a sus tiendas y nació una grande alegría entre las mujeres. Poco después, una manada de ciervos apareció en los montículos, del lado del sur, y fué derribada por los cazadores. El doctor-hechicero vió acrecer su fama y los hombres de la tribu se cuchichearon que tenía voz en el Consejo de los dioses.

Pero más tarde, cuando todos hubieron partido, el perro pastor se deslizó hacia el campamento abandonado — y durante toda una noche y todo un día aulló a la muerte.

En seguida desapareció. Y no habían pasado muchos años, cuando los cazadores indios percibieron un cambio en la raza de los lobos del bosque: presentaban manchones de color claro y vivo, como ningún lobo los había hasta entonces mostrados.

JACK LONDON.

(Especialmente traducido para Letras).

# L I T E R A T U R A A R G E N T I N A

CARTA LITERARIA a don Horacio Quiroga

No conozco sus primeros libros, mi estimado señor. Su compatriota Zum Felde habla de un volumen de versos llamado: "Arrecifes de Coral", poesía decadente, posturas literarias, puede ser... Y luego el distinguido crítico literario se felicita de que la vida lo haya arrastrado a Ud., arrinconándolo por años y años, al territorio de Misiones y a los obrajes del Chaco, pues a su juicio, a este capricho de la suerte debe Ud. lo mejor de su obra literaria. Esto sí que me permito dudarle...

La vida cree que puede vivirse tan intensamente en medio de la

selva como en la calleja más central de una metrópoli cualquiera. ¿Acaso la soledad nos es más agobiante en la llanura interminable que dentro de nuestro propio cuarto y rodeados de toda nuestra familia? Estimo, pues, que si Ud. en vez de haberse ido a los plantíos del trópico se hubiese dirigido a Londres o a París, habría hecho cuentos y novelas tan intensos, tan emotivos y tan sugerentes como los que nos ha dado hasta hoy. ¿Sin novedad alguna? La novedad la lleva uno dentro de sí mismo. ¿Exotismo? Eso no es arte, ni lo ha sido nunca. Eso es farsa como toda esa

serie de tonterías terminadas en mismo: criollismo, dadaísmo, fascismo, bolcheviquismo, etc., etc.

Pero volvamos a sus cuentos, a esos maravillosos cuentos suyos que parecen novelas concentradas en tres o cuatro páginas. De los volúmenes que hasta la fecha he tenido la suerte de leer: "El salvaje", "Cuentos de amor, de locura y de muerte", "Los desterrados" y "La gallina degollada", me quedo con aquellos relatos en los cuales pinta Ud. la vida con mayor desnudez. En arte me atrae la psicología, lo demás es un telón de fondo, escenografía, algo secundario. Ponga Ud. muchos

árboles, ríos muy amplios y mucha lluvia y tendrá el Trópico; ponga Ud. una llanura pareja, siempre igual, plana, opaca y tendrá La Pampa; ponga Ud. montañas y montañas y espinos agrestes y tendrá nuestra Cordillera. Pero... almas, eso sí que no puede Ud. poner a su antojo ni inventar. El solo hecho de crearlas hace del mísero oficio de escritor algo rayano en la divinidad.

Mi estimado señor, el relato Estefanía de su libro "El Salvaje" y la historia de los cuatro idiotas de su "Gallina degollada" es lo más acabado que he leído en este sentido.

No dejaré inconclusa esta carta y haré un recuerdo de su novela: "Historia de un amor turbio", a la cual los críticos parece que no le han dado la debida importancia. Hay en esta historia sencillísima, casi sin tema, una lección de profunda moralidad. Y toda envuelta en una espiritualidad y una delicadeza que cautiva. Es este un libro que todo padre debiera poner en manos de su hija cuando su corazoncito empieza a soñar.

Esperando con ansias sus próximos libros, queda su afectísimo.

FRAY APENTA.

# DONDE BIFURCA LA PISTA

El cantor, muchacho de tez clara y de mirada alegre, se inclinó para agregar un poco de agua en la marmita en que se cocían lentamente las habichuelas; después se irguió, con un hachón en la mano, y dispersó a los perros reunidos en círculo alrededor de la caja de provisiones y de su instalación culinaria.

Gustaba mirar sus ojos azules, su larga cabellera de oro, su robusta vivacidad.

El pálido disco de la luna nueva aparecía por sobre la hilera blanca y apretada de los abetos nevados, que cercaba el campamento y lo aislaba del mundo exterior.

En el firmamento claro y frío, las estrellas parpadeaban con ágiles y rítmicos movimientos. Hacia el sudeste, un resplandor verdoso que iba debilitándose anunciaba la aurora boreal. En primer plano, dos hombres estaban tendidos sobre pieles de oso, que les servían de lecho. Bajo las pieles extendíase una cama de seis pulgadas, hecha de ramas de abeto colocadas sobre la nieve. Los cobertores estaban desplegados.

Tras ellos tenían por abrigo una cuasi pantalla formada por una tela tendida entre dos árboles, inclinada a 45 grados y que reflejaba el calor del fuego en dirección a las pieles.

Otro hombre, sentado en un trineo, junto al brasero, remendaba unos mocasines.

Hacia la derecha, un montón de helado casquijo y una cabría groseramente construída, indicaban el sitio en que cotidianamente penaban en una fatigosa búsqueda del filón remunerador.

A la izquierda, emergían cuatro pares de raquetas que indicaban la manera de locomoción que usaban una vez fuera de la batida nieve del campamento.

Resonaba la canción popular suaba, extrañamente conmovedora bajo las frías estrellas del norte, y entristecía a los hombres ociosos junto al fuego, después de las fatigas de la jornada. Un oscuro malestar y una necesidad análoga al hambre invadía sus corazones y transportaba sus almas hacia el sur, por encima de las montañas, a los países del sol.

—¡Por amor de Dios, Sigmund, cállate!—dijo uno de los hombres en tono de reproche.

Se crispaban dolorosamente sus manos, pero las disimulaba entre los pliegues de la piel de oso en que estaba tendido.

—¿Y por qué, Dave Wertz?—preguntó Sigmund. —Por qué no he de cantar, si el corazón me lo pide?

—Porque no hay que hacerlo, eso es todo. Echa una mirada a tu alrededor, amigo, y piensa en el alimento que ha ensuciado nuestros organismos durante los últimos doce meses, y en la manera cómo hemos vivido y zancajeado, lo mismo que bestias. Sigmund, el hombre de dorados cabellos examinó—así sermoneado—cuanto le rodeaba: desde los perros-lobos de escarchado pelaje, hasta las nubes de vapor producidas por la respiración de sus camaradas.

—¿Por qué no va a estar alegre mi corazón?, dijo riendo. Esto va bien, todo va bien. En cuanto a la manducatoria...

Dobló el brazo y acarició su bíceps saliente.

—Y si hemos vivido y zancajeado como bestias, ¿no se nos ha pagado como a reyes? El filón rinde 20 dólares por batea, y sabemos que su profundidad es de ocho pies. Es otro Klondike—es-

tamos seguros—y Jim Hawes, que está a tu lado, lo sabe también y no se queja.—¡Y Hitchcock! Co se los mocasines como una vieja y espera lo que le reserva el porvenir. Únicamente tú no puedes esperar y trabajar hasta el instante del lavadero, en primavera. Entonces todos seremos ricos como Creso. Sólo tú pierdes la calma. Deseas volver a los Estados. Yo también; allí he nacido. Pero puedo esperar, ya que cada día veo el oro en la batea, amarillo como la manteca en la mantequera. Tú quisieras llevar ya una buena vida y como un granuja lloras por tenerla ahora mismo. ¡Bah! ¿Por qué no cantar?

Dentro de un año—un año—cuando maduren los racimos, regresaré, mi amiga, Y si siempre me eres fiel, me casaré contigo, mi hermosa.

Dentro de un año—un año—terminará mi destierro, y tenderé tu amor, mi amiga. Y si siempre me eres...

Los perros, erizados y gruñidores, aproximáronse en círculo a la luz del fuego.

Escuchábase un monótono rechinar de raquetas, cortado a intervalos regulares por el resbalar del talón, que acompañaba un ruido de azúcar que se tamiza.

Sigmund interrumpió su canto, para apartar las bestias ayudándose de juramentos y de golpes. De súbito, una silueta cubierta de pieles apareció en plena luz y una india joven, desprendiéndose de sus raquetas, echó atrás el capuchón de su "parka" de pieles de ardilla, y permaneció erguida entre ellos.

Sigmund y los otros, tendidos en la piel de oso, la saludaron con el nombre de Sipsu, como también con el familiar: "¡Hello!". Pero Hitchcock se hizo a un lado en el trineo, para que ella pudiera sentarse junto a él.

—¿Cómo va, Sipsu?—preguntó hablando como ella en un inglés deshilachado y en chinook (1) corrompido. ¿Siempre hay hambre en el campamento? Y el doctor-hechicero ¿ha encontrado por fin el por qué de la falta de caza y el motivo que ha alejado de la comarca al ciervo?

—No, siempre es igual. No hay caza y nos preparamos a comer los perros. Pero el doctor-hechicero ha descubierto la causa de todos nuestros males, y mañana desea hacer un sacrificio a los dioses y purificar el campamento.

—¿Qué víctima ha designado la suerte? ¿Un recién nacido o alguna pobre diabla squaw vieja y temblorosa, de sobra en la tribu y de la que es necesario deshacerse?

—Así no ha hablado la suerte. Para conjurar el terrible flagelo, se ha elegido ni más ni menos que a la hija del jefe: a Sipsu en persona.

—¡Demonios! La palabra vino lentamente a los labios de Hitchcock, después estalló, ancha y sonora, traicionándole la emoción y la sorpresa.

—He aquí por qué se separan nuestras pistas, la tuya y la mía—continuó ella con calma; y he venido para que podamos mirarnos una vez más, la última.

(1) Jerga india con palabras francesas e inglesas.

Descendía de una inculta raza, y sus tradiciones, lo mismo que su existencia, eran primitivas. Consideraba la vida de manera estoica y para ella el sacrificio humano entraba en el orden de las cosas.

Los poderes que regían la luz y las tinieblas, las corrientes y la helada, el nacimiento de los brotes y la muerte de la hoja, estaban irritados y deseaban apaciguamiento. Lo manifestaban de diferentes modos, sea por la muerte en el agua a través de las perfidas costras de hielo, sea por el abrazo del oso gris o por la enfermedad devoradora, que coge al hombre en su cabaña y lo hace toser hasta el instante en que la vida de sus pulmones se escapa por boca y narices.

Y los dioses reclamaban el sacrificio. El doctor-hechicero les conocía sus secretos y su elección era infalible.

Aquello era natural. La muerte golpea de numerosas maneras, y no es, después de todo, sino la manifestación de la impenetrable voluntad de los dioses.

Los orígenes de Hitchcock eran más modernos, sus tradiciones menos concretas y su lenguaje menos respetuoso.

—¡Pero no, Sipsu!—exclamó. Eres joven y en plena alegría de vivir. El doctor-hechicero es un loco, y su decisión, injusta. Eso no se hará.

Ella respondió sonriendo: —La vida no es dulce, por muchas razones. Desde luego, ha creado blanco a uno de nosotros y roja a la otra, lo que es injusto. En seguida, tras de aproximarnos nuestras pistas, las separa—y nada podemos contra aquello. Ya una vez, estando los dioses enfadados tus hermanos vinieron al campamento. Eran tres blancos vigorosos, que dijeron al ver la víctima: "Este sacrificio no se realizará". Pero los tres perecieron y el holocausto se verificó.

Hitchcock hizo una señal de comprensión y en seguida, volviéndose a medias, elevó la voz:

—Escuchen, camaradas. Se prepara en el campamento un odioso crimen. Van a asesinar a Sipsu. ¿Qué dicen ustedes de esto?

Wertz y Hawes se miraron; pero ninguno de ellos desapretó los dientes.

Sigmund bajó la cabeza y acarició al perro pastor que tenía entre sus rodillas. Habíase traído a "Shep" y sentía un gran cariño hacia el animal. Cierta muchacha cuyo encuentro se iban todos sus pensamientos y cuya fotografía—llevada en un medallón sobre el pecho—lo impulsaba a cantar, había dado el perro, al mismo tiempo que su bendición, en el instante de los adioses, cuando su partida hacia el norte.

—¿Qué dicen ustedes de esto?—repitió Hitchcock.

—Acaso no sea algo tan serio—respondió Hawes deliberadamente. Sin duda se trata de una fantasía de mujer.

—¡No es eso! Hitchcock sintióse dominado por el calor de la cólera, ante la evidente mala fe.

—La cuestión está en saber si los dejaremos obrar, en caso de que sea verdad lo que ella dice. ¿Qué vamos a decidir?

—No tengo motivo ninguno para intervenir—exclamó Wertz. Esa es la manera de obrar de estas gentes, su religión, y no nos interesa. Nuestro único anhelo es amontonar polvo de oro y salir cuanto antes de esta comarca abandonada por Dios. No puede ser habitada sino por bestias. ¿Y

qué son estos diablos negros, sino bestias? Además, ¡lindo negocio haríamos al mezclarnos!

—Así pienso también—aprobó Hawes.

—Somos cuatro, a trescientas millas del Yukón o de un blanco. ¿Podemos arriesgarnos contra una cincuenta de indios? Si no queremos vivir en paz con ellos, no nos queda más que marcharnos. Si preferimos batirnos, de antemano estamos en derrota. Además, ya hemos dado con el filón y ¡por Dios que a él me aferro!

—Yo ídem—apoyó Hawes. Hitchcock se volvió con gesto impaciente hacia Sigmund, que entonaba:

Dentro de un año—un año—cuando maduren los racimos, regresaré, mi amiga...

—Y bien, he aquí lo que pienso Hitchcock, dijo por fin. Estoy en el mismo barco de los otros. Ante una sesentena de machos que han tomado la decisión de matar a esta virgen, nada podemos. Un solo asalto, y henos aquí barridos del paisaje. ¿Y de qué serviría aquello? De todas maneras, tendrán a la muchacha. No es prudente contrarrestar las costumbres de un pueblo, a menos de ser fuertes.

—¡Somos fuertes!—interrumpió Hitchcock. Cuatro blancos bien valen por cien pieles rojas. ¡Piensa en la muchacha!

Sigmund acarició al perro con aire pensativo.

—Pero si no hago más que pensar en ella. Sus ojos son azules como un cielo de verano y reidores como el mar brillante bajo el sol; su cabellera es rubia como la mía y tejida en trenzas tan pesadas como el brazo de un hombre. Largos días hace que me espera allí lejos, en una tierra mejor; y ahora que llegamos ante la fortuna, ¿no pretendas que vaya a abandonarla.

—Yo tendría vergüenza de mirarme en los ojos azules de una mujer, mientras mis manos estuvieran teñidas con la sangre de otra de ojos negros—exclamó Hitchcock, que tenía en el alma el sentido del honor y la bravura, como asimismo el deseo de verificar las cosas sin detenerse en sus consecuencias.

Sigmund inclinó la cabeza.

—No lograrás enfadarme, Hitchcock, ni hacerme cometer locuras, bajo pretexto de que eres loco. Se trata aquí de un acto que debemos meditar a sangre fría. No he venido a este país a divertirme—y, te lo repito, somos demasiado débiles para intervenir. Si las cosas ocurren como piensas, yo siento por la muchacha—eso es todo. Esta es una costumbre de su pueblo y la casualidad ha querido que nos encontremos aquí, en esta circunstancia. Estas gentes han hecho sacrificios humanos desde millares de años, van a recomenzar ahora y continuarán siempre. Por lo demás, no son de nuestra raza, como tampoco lo es la nueva víctima. Decididamente, tomo el partido de Wertz y de Hawes...

Pero los perros gruñían y se agrupaban. Sigmund se interrumpió, tendiendo el oído hacia numerosas raquetas. Unos tras otros, los indios se presentaron gravemente en el espacio iluminado por el fuego, altos y hurafios, silenciosos entre sus pieles—y sobre la nieve danzaban extrañamente sus sombras. Uno de ellos, el doctor-hechicero, se diri-

gió a Sipsu en sílabas guturales. Su rostro estaba cosido de tatuajes bárbaros, y de sus hombros pendía una piel de lobo, cuyas brillantes patas y el hocico sobrepasaban su cabeza.

Los mineros permanecieron silenciosos. Sipsu se levantó y volvió a ponerse sus raquetas.

—¡Adiós, oh, mi hombre!—dijo a Hitchcock. Pero él—junto a quien ella se sentara en el trineo—no hizo gesto ninguno y ni siquiera alzó la cabeza cuando el cortejo se hundió en el bosque blanco. Al contrario de muchos otros, su facultad de adaptación—aunque desarrollada—y su libre espíritu cosmopolita, jamás le habían hecho entrever una alianza con las mujeres de la tierra del norte. Si el deseo le hubiese nido, su filosofía no lo habría desviado; pero nunca había pensado en esto.

¿Sipsu? Habíase complacido en charlar con ella cerca de las fogatas del campamento, no de hombre a mujer, sino como con un niño, igual que cualquiera otro hombre de su carácter, sin ninguna otra razón que la de combatir el tedio de una monótona existencia. ¡Nada más! Pero, a pesar de su origen yanqui y de su educación en Nueva Inglaterra, poseía ciertos instintos caballerescos de una sangre más cálida, y estaba hecho de tal manera que los aspectos materiales de la vida se le antojaban de pronto desprovistos de sentido, en contradicción con sus más íntimos impulsos.

Permaneció, pues, silencioso, baja la cabeza, en tanto que una fuerza orgánica, más vigorosa que él mismo, grande como su raza, trabajaba en él.

Sus tres compañeros lo miraban de vez en cuando, interrogadores, en una actitud que traicionaba una rápida pero perceptible agitación.

Muchas veces en el curso de esa vida precaria, habían podido constatar el vigor físico de Hitchcock; de modo que permanecían vagamente inquietos y curiosos de saber cuál sería su conducta cuando se decidiera a obrar. Sin embargo, su silencio se prolongaba; y el fuego tocaba a su fin cuando Wertz se estiró, bostezando, y manifestó sus intenciones de acostarse. Entonces Hitchcock se irguió en toda su estatura.

—¡Que Dios les eche el alma a lo más profundo de los infiernos, cobardes de corazón de gallina! Ya no hay nada de común entre nosotros.

Hablaba con un tono relativamente tranquilo; pero su fuerza vibraba en cada sílaba, y cada entonación era una amenaza.

—¡Vamos!—continuó—repartan, y de la manera que les convenga más. Poseo un cuarto de claims (1), como se estipula en nuestros contratos. Hay de 25 a 30 onzas en el saco, que provienen de la lava de ensayo; traigan la balanza. Vamos a dividir aquí mismo. Tú, Sigmund, pésame el cuarto de las provisiones y déjalas aparte. Cuatro de los pesos me pertenecen—y deseo otros cuatro. A cambio de las bestias, les dejo mi parte del equipo del campamento, como también de los utensilios—y agregaré mis seis o siete onzas de oro y mi segundo revólver 45/90 con sus municiones. ¿Estamos de acuerdo?

Los tres hombres se alejaron para deliberar. Cuando volvieron,

(1) Concesión de minas.